EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL PRECEPTOR Y SU MUJER

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

por

DON LUIS OLONA

SEGUNDA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

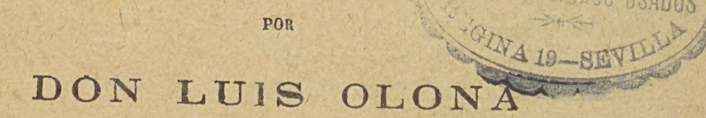
1893

EL PRECEPTOR Y SU MUJER

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR



DON LUIS OLONA

Representada en el TEATRO DE VARIEDADES, la noche del 11 de Octubre de 1850.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1895

PERSONAJES		ACTORES
DON LUPERCIO	SR.	JIMÉNEZ.
DON BENITO	»	ALVERÁ (D. J.)
EDUARDO	»	PASTRANA.
MARÍA	SRA.	RIZO.
CLARA, cantante	»	LÓPEZ.

La acción pasa en los alrededores de Barcelona.—Año de 1849.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un jardín. A la izquierda, un pabellón alto con ventana. Al fondo, una verja con una puerta en medio.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, subido en una escalera de mano, apoyada en la pared del pabellón.

Desde aquí diviso las ventanas de la habitación de mi prima. ¿Habrá bajado al jardín para acudir á nuestra cita de costumbre? No. Se me figura verla detrás de los cristales... Sí. Bien conozco aquel talle gracioso y hechicero. Le haré una seña con mi pañuelo. (Lo hace.) ¡Ya mira! ¡Ya me contesta con el suyo! ¡Oh, placer! (Sigue moviendo su pañuelo.)

ESCENA II

DICHO y DON BENITO

BENITO. (Saliendo y viendo á su sobrino.) ¡Calle!
ED. ¡Mi tío! (Sorprendido.)
BENITO. ¿Qué es eso? ¿Estás espantando gorriones?
ED. ¿Yo, querido tío?
BENITO. Sí, tú, amado sobrino.
ED. Es que... contemplaba la fertilidad del jardín.
BENITO. ¿A vista de pájaro?
ED. ¡Pues!...

BENITO. Sin duda que la ocurrencia es bien original. (¡Ya adivino lo que significaban sus telégrafos!) ¡Caballerito! Tengo que dirigir á usted una alocución.

ED. ¿A guisa de reprimenda?

BENITO. A guisa de lo que usted oirá cuando la pronuncie.

ED. Bien. Ya le escucho á usted.

BENITO. ¿Cómo ya le escucho á usted? ¿Se le figura que voy á estar una hora con la naríz mirando al cielo, porque usted no se tome la molestia de bajar de la escalera?

ED. ¡Ya! Perdone usted. (Baja.)

BENITO. (Demos á mi fisonomía un aire de bondad para deslumbrarle.)

ED. Aquí me tiene usted. (Delante ya de don Benito.)

BENITO. Enhorabuena. ¡Pues señor!... (Alto.)

ED. Poco á poco: si empieza usted dando gritos, tomo las de Villadiego. Eso me huele á riña.

BENITO. No, hombre, no. (Amable y en voz dulce.) Ya sabes, mi querido Eduardo, cuán grande es el afecto que te tengo.

ED. Sí señor.

BENITO. Que eres...

ED. Sí señor.

BENITO. Que eres la esperanza...

ED. Sí señor.

BENITO. Déjame acabar. La esperanza de mi raza.

ED. Sí señor.

BENITO. ¡Dále! Y además, mi...

ED. Sí señor.

BENITO. ¡Adiós, hijo! (Se va á ir.)

ED. Eh, tío, tío, ¿dónde va usted? ¿Qué es eso?

BENITO. ¿Hablas tú, ó hablo yo?

ED. Usted. ¿Pues acaso le he interrumpido?

BENITO. Si no me has dejado meter baza con tu «sí señor; sí señor.»

ED. Creí que debía afirmar lo que usted me decía...

BENITO. Pues afírmalo para tus adentros.

ED. ¡Bueno! Continúe usted.

BENITO. Continúo. Iba diciendo que eres la esperanza de mi raza...

ED. Sí se... (Se detiene. Aparte, tapándose la boca.) ¡Ay!

BENITO. ¿Eh?

ED. Nada, nada.

BENITO. Y además... mi único heredero.

ED. ¡Oh! No hablemos de eso.

BENITO. ¿Por qué, cuando es una gran fortuna la que has de heredar...? Porque no habrá muchos fabricantes en Barcelona tan ricos como yo: como yo, que de simple jornalero he sabido hacerme rico.

ED. Lo cual hace mucho honor á su talento de usted.

BENITO. ¿Talento? No por cierto. No he querido nunca tener eso.

ED. ¿Qué dice usted, tío?

BENITO. Digo, que lo que yo poseo es buena naríz.

ED. ¿Usted? (Mirándole la naríz.)

BENITO. No hablo de ésta, hombre: he querido decir sólo que tengo buen instinto.

ED. ¡Ya!

BENITO. ¡Justo! Y sin ser un Platón ni un Séneca, sin necesidad de andar revolviendo librotes ni legajos, creo, y es lo cierto, que la biblioteca mejor es menos útil que un peso duro.

ED. ¡Tío!

BENITO. ¡Qué quieres! Cada cual opina á su manera; y como yo debo únicamente á mi buen instinto el tener casas de campo, coches, lacayos...

ED. Bien haya mil veces la suerte que ha sabido colmar todos los votos de usted.

BENITO. ¿Todos? No.

ED. ¿Es posible?

BENITO. Como lo oyes. Aún me falta uno. Uno que formo actualmente...

ED. No acierto á adivinarlo. ¿Qué le falta á usted en el mundo? ¿Qué desea usted?

BENITO. ¿Qué deseo? Deseo ser noble.

ED. ¿Usted?

BENITO. Aristócrata.

ED. ¡Cómo! ¿Usted, querido tío? ¡Un antiguo fabricante!... ¿Tendría usted la debilidad?...

BENITO. ¡Yo no tengo debilidades, caballerito!

ED. ¿Pero qué gusto cifra usted en semejante cosa?

BENITO. ¿Qué gusto? No comprendes tú lo bien que estaría un escudo de armas con, verbigracia, con un pavo real en campo morado, y dos perros de presa en campo azul...

ED. Sí, muy bonito. Pero si no nació usted noble, ¿á qué desear?...

BENITO. ¡Cierto! No nací noble, y esta es la única queja que tengo de mi padre. Pero aún puedo enmendar, en parte, esta falta... si tú te prestás á ello.

ED. ¿Yo? No sé cómo...

BENITO. Vas á oirlo. ¿Has observado alguna vez la vida privada del ganado merino?

ED. ¿Eh? ¿Qué dice usted? En mi vida me he ocupado...

BENITO. Pues su esplendor se sostiene y se aumenta por la acertada mezcla y conservación de las razas.

ED. Me alegro mucho; pero continúo sin comprender la comparación.

BENITO. Adoptando yo ese método...

ED. ¿Usted, querido tío?

BENITO. Es decir, yo precisamente... pero tú sí, porque ya te dije que eras la esperanza de mi raza. Así, pues, voy á mezclarte con la de una joven heredera muy distinguida, y cuya boda te hará feliz, ilustre...

ED. Mil gracias, tío, mil gracias; pero si yo me caso alguna vez, elegiré la novia por mí mismo.

BENITO. Pues elige esta.

ED. No es posible. He formado otras ideas.

BENITO. ¿Otras? Explícalas al punto.

ED. Es inútil. Mañana... en pasando algún tiempo...

BENITO. Las conozco, señor mío. Las sé de memoria. Estás enamorado de tu prima.

ED. Pues si lo sabe usted, nada tengo que decirle.

BENITO. ¿Háse visto descaro semejante?

ED. ¿Descaro llama usted á confesar mi amor?

BENITO. ¡Yo lo reprimiré!... Sí señor: yo tomaré mis medidas, por violentas, por severas que sean. ¡Cuenta conmigo!

ED. Eso digo yo. Cuenta conmigo.

BENITO. ¡Insolente!

ED. El verdadero amor triunfa de todos los obstáculos.

BENITO. Pero no triunfa de la Habana, adonde voy á enviar á tu prima María cuanto antes.

ED ¡Cielos!

BENITO. ¡Anda! Triunfa ahora de la Habana.

ED. ¿Conque la destierra usted de aquí?

BENITO. ¡La destierro, la exporto!

ED. ¡Pues yo me iré también!

BENITO. ¡Tú!

ED. Sí señor; detrás de ella.

BENITO. Usted no se irá detrás de nadie.

ED. Pues me iré delante: lo mismo da.

BENITO. ¡Conque te declaras en rebelión!

ED. Abierta.

BENITO. Hé aquí el fruto de mis beneficios. ¡Semejante pago á mí, á mí, que te he criado como á un príncipe, que te he dado hasta un preceptor para que formase tu corazón y desenvolviese tu talento!

ED. Mi preceptor es un bestia, que se burla de usted y de mí.

BENITO. ¡Mientes! eso lo dices porque te riñe, porque no disimula tu desaplicación, porque tal vez desaprueba esos locos amores. Y si no, consúltaselos. Consulta á ese pozo de ciencia...

ED. La ciencia no sabe palotada en materias de amor, y... sobre todo, querido tío, yo amo á mi prima, yo no amaré nunca á otra, y... vamos, por más que usted se enoje ahora conmigo, sé que, en último caso, usted no ha de ser inexorable.

BENITO. Inexorabilísimo.

ED. No.

BENITO. Sí. Procura, si no, el ablandarme. Te desafío. En mí hallarás una roca, un marmolillo, un...

ED. Allá lo veremos. En el entretanto... adiós, querido tío. Me voy á estudiar un rato.

BENITO. A estu... Sí, sí, estudia, Eduardo, estudia y procura olvidar ese capricho.

ED. (Escribiré á María cuanto ocurre.)

BENITO. Ya sabes que siempre te he querido, que siempre...

ED. Por lo mismo, espero...

BENITO. ¡Nada! ¡inexorable!

ED. Hasta luégo, querido tío. (Se sonríe.)

BENITO. Oye, lo dicho: un marmolillo. (Deteniéndole.)

ED. ¡Bah! (Entra en el pabellón.)

BENITO. ¿Qué es eso de «bah?» ¡Oh! yo le domaré, mal que le pese. Y con tal que su preceptor don Lupercio secunde mis designios... Voy á buscarle... Pero, no hay para qué. Él mismo viene hacia aquí, y embebido, á lo que parece, en alguna lectura filosófica.

ESCENA III

DICHOS y DON LUPERCIO

LUP. «Volviendo de (Leyendo y andando á un tiempo.) Montmorency la hermosa Ana, se pavoneaba sobre su asno, cuando el animal, sintiendo la espuela, partió á todo galope. La joven perdió el equilibrio y cayó sobre el verde césped, dejando ver la pierna más torneada...» (Interrumpiendo.) ¡Magnífico cuadro!

BENITO. ¿Eh? Parece que le entusiasma.

LUP. ¡Soberbio golpe de... diablo! (Oculta su libro.) ¿Usted aquí, don Benito?

BENITO. A lo que creo, le encantaba á usted la lectura... ¿Qué libro es ese?

LUP. ¿Qué libro es? Nada: un tratado de Patología.

BENITO. ¿Para dar lecciones á mi sobrino?

LUP. Sí; aunque él ya tiene alguna que otra noción...

BENITO. Quiere usted que se acabe de perfeccionar.

LUP. Precisamente.

BENITO. ¡Oh! Nunca le agradecerá lo bastante Eduardo la constancia conque usted atiende á su educación. Y á propósito, ¿le ha visto usted hoy?

LUP. Todavía no.

BENITO. Pues hace pocos instantes que se encerró en su pabellón, para estudiar.

LUP. Sí; estos días anda á vueltas con las conjugaciones... Ese joven... ¿Usted ve á ese joven?

BENITO. ¿A cuál? (Volviéndose.)

LUP. ¡Eh! Si hablo de su sobrino, señor don Benito. Su sobrino de usted será algún día el orgullo de su patria.

BENITO. ¿Es posible?

LUP. Cuando yo lo digo...

BENITO. No puedo, sin embargo, ocultar á usted que me tiene en la inquietud más grande...

LUP. ¿Bajo qué punto de vista?

BENITO. ¿No ha observado usted que de algunos días á esta parte está Eduardo un poco...?

LUP. Un poco... (Sin entenderlo.)

BENITO. ¿Eh?

LUP. Conque... un poco... ¡Ah! sí, sí, un poco... Pues, sí... Adelante.

BENITO. ¿Y qué remedio opina usted que debe...?

LUP. ¡Pss! Me parece que con una horchata de pipas de melón...

BENITO. ¿Qué dice usted, hombre? ¿Darle una horchata porque está enamorado?

LUP. ¡Enamora...! Perdone usted, yo creí... Pero, aunque así sea, ya sabe usted que la horchata enfría.

BENITO. Sí, está hecho un Vesubio.

LUP. Entonces no se la dé usted. ¿Conque enamorado? Me deja usted patilifuso.

BENITO. Sí señor; enamorado perdidamente de su prima. ¡Qué! ¿usted no sabía...?

LUP. Ni esto. (Seña con el dedo pulgar. Eduardo sale muy despacio del pabellón, y se va luégo rápidamente y sin ser visto, por el fondo.)

BENITO. Pues es una cosa que hasta me quita el sueño.

LUP. ¿A usted?

BENITO. Sí; ese amor me desagrada, me subleva. Pero el bribonzuelo de mi sobrino se ríe de mis reprimendas, y... y me he convencido de que sólo usted podría eliminar de su corazón esa pasión extraviada.

LUP. Se eliminará.

BENITO. ¿De veras?

LUP. Prometo á usted arrancar hasta la más profunda de sus raíces.

BENITO. ¿Sí?

LUP. Como si fuera una zanahoria. Descuíde usted.

BENITO. ¿Pero usted sabe lo duro que es el carácter de Eduardo?

LUP. ¿Y eso, qué importa? Nada.

BENITO. ¿Nada?

LUP. ¡Nada! ¿Le he expliaado yo á usted alguna vez mis teorías políticas y religiosas?

BENITO. No recuerdo...

LUP. Ahí tiene usted. Si usted las recordase, se convencería de que lo más fácil para mí es hacer lo que usted desea. Amigo, vea usted lo que es desdeñar las teorías de los afectos y las prácticas del raciocinio animal.

BENITO. ¿Usted?

LUP. No; usted... si usted conociera las...

BENITO. ¡Qué elocuencia!...

LUP. Si usted conociera las infiltraciones del espíritu humano en los vasos sanguíneos del derecho y de la apoteosis... con la virulencia de... Mañana continuaremos esta cuestión.

BENITO. Sí, sí: porque confieso á usted que me confundo y me mareo procurando entenderlas, si no las tratamos poquito á poco. En el entretanto, en usted confío. Sus palabras reaniman mis esperanzas, y... ¡qué lástima que un filósofo como usted desprecie las riquezas!

LUP. Le diré á usted. Entendámonos. La filosofía se divide en escrita y en practicada. Partidario de la escrita, detesto el oro; pero cuando se trata de la practicada, lo acepto... porque no se diga que soy exclusivista, y... aquí tiene usted explicado el sistema de las concesiones.

BENITO. ¿Conque entonces puedo, sin temor, doblar á usted sus honorarios?

LUP. ¿Pues no ha oído usted el sistema de las concesiones?

BENITO. ¡Bravísimo! Desde hoy tendrá usted, no sólo ese au-

mento, sino además otros regalos que me reservo ofrecerle...

LUP. ¡Oh generosidad!

BENITO. A condición de que hará usted que mi sobrino...

LUP. Pronto lo hallará usted más fino que un guante y más sumiso que un borrego.

BENITO. Bien dije yo, que usted era mi angel salvador. ¡Ea! voy á dar una vuelta á mis flores, y luégo nos veremos. (Vase.)

LUP. Cuando usted lo mande; estoy á las órdenes de usted; cuento con sus generosas ofertas; me siento muy agradecido...

ESCENA IV

DON LUPERCIO, solo.

Que vengan á decirme que en este país no hay corazones espléndidos, y... ¡Oh, tierra de promisión! Para que se vea lo que es el mundo y lo que es la fortuna. Yo vejetaba en Madrid con el bolsillo desocupado, el estómago vacío, y sin que nadie me alargase una mano protectora... hasta que un día, distrayendo mis penas en el Museo, me encuentro con este buen don Benito, que miraba un cuadro abierta la boca y estirados los ojos. Me acerco á él, entablamos conversación; le explico un gran número de cuadros que yo no conocía, y que él conocía menos que yo; le hablo de pintura, de batallas, de viajes, de industria, de todo, en fin; él me cree un pozo de ciencia, yo no se lo niego enterame, y acaba por proponerme la educación de su sobrino, á quien me pongo á enseñar Gramática é Historia, sin más trabajo que darle á leer unos cuantos libros, que él por su parte no lee, lo cual me ahorra toda explicación y me va sacando hasta ahora del apuro. Nunca le riño, nunca le contradigo, y mientras él hace su gusto, yo como, bebo y cobro. Pues, señor, esto es magnífico. Busquemos al discípulo, para cumplir la orden de su tío. (Se acerca á la puerta del pabellón.) ¿Será

verdad que está estudiando? ¡Como no le haya dado hoy ese raro capricho!

ESCENA V

DON LUPERCIO, EDUARDO y MARÍA

ED. Sí, mi querida prima: te repito que este es el único partido que debemos adoptar.

MARIA. Pero, si no me atrevo...

ED. ¿Por qué? ¿No voy á ser tu esposo?

MARIA. ¡Ya! pero... ¿y nuestro tío?

ED. Yo te respondo de su consentimiento, cuando nos vea casados.

MARIA. ¡Oh! No sé si debo...

LUP. Pues señor, lo que es (*Escuchando aún á la puerta del pabellón.*) aquí dentro no se siente una mosca. No hay duda, está estudiando las conjugaciones.

ED. Si tú pudieras comprender cuánto te amo... (*La besa una mano.*)

LUP. ¿Eh? (*Volviéndose.*) ¡Calle! ¿No lo dije? Estudiando las conjugaciones.

MARIA. ¡Cielos! ¡Don Lupercio!

ED. Me alegro. Precisamente iba á buscarle.

LUP. Haré que no le he visto. (*Se pone á leer.*) En ciertas circunstancias debo cerrar los ojos.

ED. Don Lupercio.

LUP. ¡Ham!... ¡Hum!... (*Como quien lee para sí.*)

ED. ¡Don Lupercio!

LUP. ¡Hum! (*Volviendo la espalda y murmurando más alto.*)

ED. ¡Don Lupercio, eh! (*Impaciente, da un sopapo al libro, que se cae al suelo.*)

LUP. ¡Cómo!

ED. ¿No oye usted que le estoy llamando?

LUP. ¡Hola! ¿Es usted, caballerito? Confesemos (*Cogiendo el libro del suelo.*) que semejante acción...

ED. Suspenda usted su lectura y hablemos un poco.

LUP. ¡Qué veo! esta señorita por aquí... (*La saluda.*) Beso á usted... Cada día más bella.

ED. ¿No es verdad, don Lupercio?

LUP. ¡Vaya! Tiene unos ojos capaces de inspirar...

ED. Vamos, querido profesor, pues á ello.

LUP. ¿Cómo á ello?

ED. Improvise usted algo en obsequio de esos ojos.

MARIA. Eduardo...

LUP. Yo...

ED. ¿No es usted también poeta? Usted me lo ha dicho.

LUP. Sí; mas...

ED. No hay remedio. Lo exijo.

LUP. (¿Y qué diablos he de decir, si en mi vida la he visto más gorda?)

ED. ¿Se niega usted? Ese es un desaire, y yo...

LUP. Poco á poco: no se acalore usted por cosa tan corta. Conque... ¿unos versos, eh? Uua quintilla ó un... ¡Pues! ¡Así, como si dijéramos!

ED. Cualquier cosa, cualquier cosa.

LUP. (Maldito seas.)

ED. Vamos.

LUP. ¡Ejem! Usted disimulará si no son tan buenos (Tose.) como usted se merece. (A María.)

MARIA. ¡Pero qué capricho!... (A Eduardo.)

LUP.
Cuando sale por Oriente
la aurora con su arrebol,
se me figura un perol...

ED. ¿Eh?

LUP.
lleno de agua caliente.

ED. ¡Don Lupercio!

LUP.
Así, esa frente, (Animándose por grados.)
que va despidiendo rayos,
y como la cruz de Mayo...

ED. ¿Qué dice usted?

LUP. (No lo sé.) (Otra vez animado.)
cuando vino Josué,
montado en un guacamayo.

ED. ¡Jesús! ¡Jesús!

MARIA. ¡Qué jerigonza!

LUP. Si es que no estoy de vena... Pero, por complacer á ustedes...

ED. Calle usted. Eso no tiene piés ni cabeza.

LUP. ¡Caballerito, poco á poco! Estos son versos. ¿No ha oído usted los consonantes?

ED. Está bien. No lo disputaré, señor don Lupercio. Pero vamos á otra cosa. ¿Usted me aprecia?

LUP. Como á un hijo.

ED. Gracias. ¿Está usted dispuesto á darme una prueba de ello?

LUP. Aunque sean tres.

ED. Pues bien. Necesito partir, y antes de una hora quiero ponerme en camino.

LUP. ¿Conmigo?

ED. No, con mi prima.

LUP. La cosa es muy diferente. Pero no comprendo...

ED. Ni importa por ahora.

LUP. Gracias.

ED. Necesitamos un carruaje, y he contado con usted para que nos lo facilite.

LUP. Lo siento: pero yo no alquilo coches.

ED. ¿Eh?

LUP. Digo que no alquilo...

ED. ¿Se burla usted, por ventura? Ya sabe usted que mi tío me vigila, me espía, y que de usted nadie sospechará.

LUP. Ese argumento es capcioso, pero muy débil.

ED. Así, pues, quiero que nos conduzca usted hasta la primera parada.

LUP. ¡Cómo! ¿Que yo sea el coche?

ED. No señor. Pero un preceptor debe ser la guía de su discípulo.

LUP. ¡Ah! Ya comprendo. Pero, por lo que veo, usted en vez de guía quiere hacerme postillón, y eso no me acomoda.

ED. ¿Luego usted prefiere que me valga de un criado, y que éste venda nuestra fama á todo el mundo?

LUP. Falta que haya quien la quiera comprar. ¡Peró joven!

¡joven! ¿Por quién me ha tomado usted á mí? Usted intenta nada menos que un rapto, y...

MARIA. ¡Un rapto!

LUP. Esa es la palabra.

ED. Señor don Lupercio...

LUP. Y usted, niña, en quien de tal modo se despierta el órgano del movimiento...

ED. Suspenda usted sus reconvenciones á mi prima, ó... (Alza la mano.)

LUP. No he dicho nada.

MARIA. Usted, como no sabe que nos amamos, que nos quieren separar... ¿Cree usted que tenga yo el corazón de piedra?

LUP. No por cierto: al contrario: todo me da á entender que es un rollito de manteca.

MARIA. Entonces, no diga usted que mi primo me roba.

LUP. ¿No? ¿Pues qué? ¿es usted quien le roba á él?

ED. En fin, á un lado circunloquios. Estamos resueltos á unirnos para siempre: en otros términos, á casarnos.

LUP. No es lo mismo una cosa que otra; pero admito la comparación.

ED. ¿Cómo?

LUP. Quiero decir, que á veces no basta el ser marido y mujer para estar unidos, y si yo les citara un ejemplo vivo de... Pero esto no es del caso.

ED. Pero sí, el que nuestra resolución es invariable.

LUP. Y la mía: yo no me meto en semejante berengenal.

ED. ¿No? ¡Corriente! ¡Nos pasaremos sin usted. La cosa es bien sencilla máxime, contando, como cuento, con bastante dinero para llevarla á cabo. No faltará quien acepte los quinientos duros que yo iba á regalarle á usted.

LUP. ¡Quinientos duros! ¡Hombre! ¿Y tendría usted corazón para cometer semejante ingratitud con su maestro, conmigo, que tanto le he apreciado siempre?

ED. ¿No se niega usted á contribuir á mi felicidad?

LUP. ¡Ya! ¿Conque lo que usted quiere es su felicidad? ¿Y por qué no me lo ha dicho usted antes? ¡Oh! ¿qué sacrifi-

cios no haré yo por?... ¿Conque son quinientos duros? Si. Reconozo que en esa boda estriba la felicidad de ustedes.

MARIA. Como que no podemos vivir el uno sin el otro.

LUP. ¡Claro está, hijos míos! ¡Claro está! Ya me parecía á mí... Pero ya se ve, un filósofo como yo... ¡Pues! Hasta que no tiene pruebas palpables de una cosa...

ED. ¿Luego accede usted?

LUP. A todo.

ED. Vengan esos cinco. ¡Bien esperé siempre de usted esta fineza! (Dándole la mano. Don Benito sale por el fondo, y los ve.)

BENITO. (Aparte.) ¡Los tres reunidos! Sin duda don Lupercio les está echando un sermón de lo lindo. ¡Este sí que es todo un hombre! Oigamos.

LUP. (Que ha estado en medio de los dos jóvenes, hablando con ellos en voz baja.) Y, á propósito: la casualidad favorece nuestros intentos.

ED. }
MARIA. } ¿Cómo?

LUP. ¿Conocen ustedes á don Simón Cupidini?

ED. ¿Un propietario de estas inmediaciones, cojo, que tiene un ojo vizco...?

LUP. Y otro tuerto: ese mismo. Pues bien. Hoy me ha convidado á comer, y tengo tomado un coche para ir allá.

ED. ¡Bravo! Partiremos juntos.

BENITO. (Aparte.) ¿Qué dice?

MARIA. ¡Ah, señor don Lupercio! no hallo expresiones con qué darle gracias.

LUP. Las renuncio.

ED. Luégo le entregaré á usted mi regalo.

LUP. Eso sí lo acepto.

MARIA. Usted es nuestro padre.

LUP. No tanto, pero poco menos. Digan de mí lo que quieran, vuestro amor es sagrado: es la llama celeste de los resplandores más...

BENITO. ¡Bergantes! (Bajando de pronto, colérico.)

ED. }
MARIA. } ¡Ah! (Huyendo cada uno por su lado.)

LUP. (Aparte.) ¡Uf! ¡Dios me asista! (Se queda inmóvil. Don Benito también, contemplándole.)

BENITO. ¡Judas Iscariote! (De pronto.)

LUP. ¡Señor don...! (Retrocediendo espantado.)

BENITO. ¡Chito! Yo tengo la palabra, y voy á decirle cuántas son cinco, ó ¡vive Dios!... (Amenazándole con el puño.)

LUP. Renuncio á la palabra. (Gravemente.)

BENITO. En primer lugar... Tome usted la puerta ahora mismo.

LUP. Eso es empezar por la cola.

BENITO. Es verdad. Pues antes le diré que lo he oído todo.

LUP. Ya va usted estando más lógico.

BENITO. Y que al ver su ruín proceder...

LUP. Adelante.

BENITO. Le planto en la calle.

LUP. La conclusión es horrible, señor don Benito; y si usted me oyese cuatro palabras no más... yo le convencería...

BENITO. (Furioso.) ¿De qué?

LUP. De que lo que ha visto y lo que ha oído, no es lo que ha oído ni lo que ha visto.

BENITO. ¡Hombre! ¡Esto sí que es curioso! ¿Conque tendría usted el descaro de negar?...

LUP. Pues ahí verá usted. (Con frialdad.)

BENITO. Lo que yo veo... (Colérico.)

LUP. ¿Me quiere usted escuchar?

BENITO. Acabemos.

LUP. Su sobrino de usted...

BENITO. Se quiere escapar con su prima.

LUP. Justamente: y yo...

BENITO. Y usted protege tan criminal intento.

LUP. Cabal. ¿Qué dice usted á eso? (Friamente.)

BENITO. (Furioso.) ¿Cómo qué digo yo á eso? Que usted es un traidor, un Judas, un...

LUP. (Con acento triste y ademán humilde.) Es verdad. Soy un Judas... porque engaño á su sobrino de usted... á mi discípulo.

BENITO. ¿Eh? ¿Usted le engaña?

LUP. (Dando un grito que hace retroceder sobresaltado á don Benito.) ¡Por usted!

BENITO. ¡Uf!

LUP. Por usted, que agradece mis servicios insultándome y dudando de mí. (*Aprovechándose del momento, y entusiasmándose, para dominar y deslumbrar á don Benito. Se pasea agitado.*)

BENITO. ¡Yo! (*Algo desconcertado.*)

LUP. Por usted, que desconociendo (*Gritando ó interrumpiéndole.*) mis teorías sociales, no ha conocido que al prestarme á los deseos de su sobrino, ha sido sólo en la apariencia, para desbaratarlos mejor.

BENITO. ¡Es posi...!

LUP. (*Más fuerte.*) ¡Por usted, cuyo entendimiento, ageno (*Idem.*) á la luz de la ciencia, se arrastra por entre las sinuosidades de la más hiperbólica *stultitia*, sin conocer que, como dice el sabio, los ojos no oyen, los oídos no... digo los ojos no ven, los oídos no oyen, cuando el alma está enferma y con la calentura de la ignorancia, del sopor, de la metempsicosis, y del depurativo animal! (*Se limpia el sudor, y se sienta solemnemente.*)

BENITO. (*Confuso y estupefacto, dice aparte.*) Este hombre me fascina.

LUP. Ahora voy á liar el petate, (*Levantándose.*) y á marcharme de aquí. (*Se dirige al fondo.*)

BENITO. ¡Señor don Lupercio! ¡Señor don Lupercio! (*Arrepentido.*)

LUP. ¿Quién me llama? (*Desde el fondo, con aire de indiferencia.*)

BENITO. Yo. Un hombre que quiere reparar su falta; que le ha juzgado á usted erradamente.

LUP. (Ya es mío.) Usted suele errarse á menudo, señor don Benito. Pero no se dirá nunca del sabio que fué intolerante. Héme aquí. (*Bajando á la escena.*)

BENITO. Toque usted. (*Le alarga la mano.*)

LUP. Toco. (*Le da la suya.*)

BENITO. Y ahora... como si nada hubiera sucedido entre nosotros.

LUP. Como si nada hubiera sucedido.

BENITO. Dígame usted, ¿no sería mejor que en vez de andarnos en rodeos y filosofías, estorbásemos abiertamente los proyectos de Eduardo?

LUP. Eso sería lo más derecho, pero no lo más eficáz; porque él y su prima están apasionados, y... ¡qué diantre! Á menos de no levantar entre ellos una barrera, una muralla... así... alguna cosa muy escarpada...

BENITO. Con efecto. ¡Ah! ¡Oh!

LUP. ¿Eh? ¿Le duele á usted algo?

BENITO. ¡Qué idea se me ocurre!

LUP. ¿Usted tiene una idea? (Aparte.) ¡Parece increíble!

BENITO. ¿Don Lupercio, le daría á usted mucha pena el ganarse mil duros?

LUP. Penas de esa especie no hacen nunca mella en el corazón de un filósofo.

BENITO. Pues cuente usted con ellos.

LUP. ¿Con mil duros? ¿Habla usted de veras, señor don Benito?

BENITO. Con una condición.

LUP. Venga.

BENITO. Que se case usted con María.

LUP. ¿Yo? ¿Con la prima de mi discípulo?

BENITO. Sí; usted será la muralla que entre los dos jóvenes se interponga; usted será la barrera...

LUP. (Y tú el toro! ¡Pues es peregrina la ocurrencia!) Pero reflexione usted que María ha dado ya su corazón á otro.

BENITO. Nada me importa.

LUP. Pues á mí sí, ¡caramba! ¿Quiere usted que yo exponga mi cabeza al enojo de su sobrino de usted?

BENITO. ¿Y por ventura no vale su cabeza de usted los mil duros que voy á darle?

LUP. ¡Ya! Si me sale usted al encuentro con ese razonamiento...

BENITO. Barcelona está cerca, y mi propio carruaje conducirá á ustedes á la parroquia.

LUP. ¡Pero este es un matrimonio ferrocarril!

BENITO. Será lo que usted quiera; pero es preciso que dentro de dos horas estén ustedes ya casados. Usted elija: ó boda y mil duros, ó tomar el portante ahora mismo.

LUP. Señor don Benito, mi elección está hecha. A mí no me intimida nada...

BENITO. ¡Y se despide usted! (Enfadado.)

LUP. No: me quedo.

BENITO. ¡Un abrazo! ¡Voto va al chápiro verde! Usted es un hombre inestimable y digno de la novia que le he buscado.

LUP. Y usted me adula.

BENITO. No tal. Digo lo que siento. ¿Conque estamos conformes? Voy á disponerlo todo, y en un santiamén... Hasta luégo, don Lupercio.

LUP. Hasta luégo.

BENITO. Señor don Lupercio, mil gracias. (Volviéndose desde el foro.)

LUP. ¿Y los mil duros, señor don Benito? (Deteniéndole.)

BENITO. En seguida. (Vase.)

ESCENA VI

DON LUPERCIO, solo.

¡En seguida! ¡Voy á tener veinte mil reales en mi bolsillo! ¡Cómo me voy á extrañar á mí mismo! Pero... el tomar el dinero es bien fácil; mas la boda... ¡Oh, Clara! ¡Oh, esposa ingrata! ¿Por qué te conocí? Sin ese lazo que nos oprime, ahora podría yo casarme sin dimes ni diretes, y... Soy un bestia. ¡Pobre Clara! ¡Cuán adversa nos fué siempre la suerte! Yo la conocí en Madrid, alcanzando triunfos en el teatro donde estaba contratada de parte de por medio, y... nuestro amor fué consagrado ante el teniente cura de San Marcos. ¡Pero ya se ve! ¡Las partes de por medio ganan tan poca cosa!... ¡Y como yo no era parte... más que para llamarme á la parte!... ¡Pobre Clara! Se dedicó á corista. Su voz era un prodigio, y, sin embargo, el pícaro del maestro al chémbalo no la protegía. Ella, desesperada, se decidió á ir á Italia á aprender; y como no teníamos dinero para los dos, yo quedé en la madre patria, donde la aguardo hace un año, sin que haya vuelto á saber de ella. ¿Seré viudo por ventura? (Pau-

sa.) Pero abandonemos estas gratas ilusiones. ¡Yo no puedo casarme, no puedo ganar esos mil duros! ¡Oh, Clara! ¡Tú me defraudas! ¡Tú me pierdes!

ESCENA VII

DICHO; EDUARDO, que sale precipitadamente.

ED. ¡Don Lupercio, don Lupercio!

LUP. ¿Quién viene á sacarme de mis meditaciones? ¡Ah! ¿Es usted? ¿Qué ocurre? ¡Está usted muy agitado!

ED. ¡Es una infamia!

LUP. ¿Eh?

ED. (Colérico.) ¿Lo duda usted por ventura?

LUP. No señor. Usted tiene razón. ¡Es una infamia! ¡Una picardía!

ED. ¡Justo!

LUP. Cabal. ¿Pero qué es ello?

ED. ¡Me gusta la salida! ¿Qué ha de ser? Que nos han vendido. ¡Que estamos descubiertos!

LUP. (¡Adiós! ¡Todo lo sabe!) (Fingiendo sorpresa.) ¿Qué me cuenta usted? ¿Y quién ha sido el traidor? ¡Que me lo tráigan! (¡Ay, si sospecha la verdad! ¡Que me lo tráigan!

ED. Mi tío ha sido avisado. Las puertas están cerradas. Tomadas las salidas.

LUP. ¡Las salidas! Entonces no podemos salir.

ED. Claro está.

LUP. Sí, es lo más lógico. ¡Conque... nuestro proyecto en tierra!

ED. Todavía no; porque antes que quedarme aquí, soy capáz hasta de suicidarme.

LUP. El remedio es muy poco ingenioso.

ED. Pero moriré vengado: porque antes sabré matar á quien nos ha hecho traición.

LUP. ¡San Blas! (Echando á correr despavorido.)

ED. ¿Adónde va usted?

LUP. A... á...

ED. ¡Cielos! ¡Esa turbación!

LUP. (¡Ánimas benditas!...)

ED. Y ahora que reflexiono... Yo no he dado parte de mi proyecto á nadie más que á usted: usted sólo lo sabía.

LUP. Yo... la... re... mi... (¡El miedo me hace solfear!)

ED. ¡Usted me ha vendido!

LUP. ¿Cómo?... ¿que...? (*Echándola de maestro.*) (Veamos si así me libro.) ¡Caballerito! Semejante suposición...

ED. ¡Usted ha sido, y me las va á pagar todas juntas! (*Cogiéndole de una oreja.*)

LUP. ¡Ay!

ESCENA VIII

DICHOS y MARÍA

MARIA. Detente, primo mío; no le hagas mal alguno, porque sería inútil.

ED. Es que tú ignoras de lo que este hombre es capáz.

LUP. ¡Ah, señora! A usted debo mis orejas. Las pongo á sus piés. Soy inocente.

MARIA. ¿Inocente? ¿Cree usted que no lo sé todo? Pero, tranquilízate. Ese matrimonio no se efectuará, porque jamás consentiré...

ED. ¿Qué matrimonio?

LUP. (¡Pues esta es más negra!) Nada; no le haga usted caso...

MARIA. ¿Cómo que no me haga caso?

LUP. Si yo hablaba con usted.

ED. ¿Y le decía usted que no me hiciera caso á mí?

LUP. ¡Qué! No; al contrario. Pero como la boda y la... Porque yo, porque usted... y porque ella...

ED. Hable usted claro...

LUP. Pues hombre, si me explíco perfectamente.

MARIA. Todo eso es para que ignores que nuestro tío me ha notificado que va á casarme...

LUP. Mariquita... (*Queriéndola impedir que hable.*)

MARIA. Que va á casar...

LUP. ¡Chist! No arme usted la zambra.

MARIA. Que va á casarme con don Lupercio. (En voz muy alta.)

ED. ¿Con él?

LUP. (Si es muda, revienta.) (Pausa. Eduardo mira á don Lupercio, que está con la cabeza agachada, como quien teme una explosión.)

ED. ¡Toma, miserable! (De pronto, dándole un pescozón á don Lupercio.)

LUP. ¡Ya lo veía venir! Señor don Eduardo... mi querido alumno...

ED. ¿Tú casarte con María?

LUP. ¡Chist! ¡Entendámonos! Entremos en razones.

ED. ¿Razones? ¡Palos!

LUP. Señor don Eduardo, eso es muy oriental, pero poco civilizador.

ED. ¡Así pudiera empalarte como en Turquía!

LUP. ¡Mariquita! A usted me acojo. Sea usted la sultana que detenga el furor de ese bajá irritado.

ED. ¿Con pullas te me vienes, truhán?

LUP. No me tutee usted. (Asomándose por detrás de María, como regañando.)

ED. ¿Conque te destinan la mano de la que adoro?

LUP. Sí. (Resguardándose detrás de María.)

ED. ¿Conque eres mi rival?

LUP. No.

ED. ¡Cómo! ¿Lo negarías por ventura?

LUP. Sí.

ED. Para engañarme.

LUP. No.

ED. Conozco bien tus tretas.

LUP. Sí.

MARIA. ¡Calle! Dice que sí.

LUP. No.

ED. Preséntate.

LUP. No.

ED. Preséntate, repito. (Alzando la voz.)

LUP. No. (Gritando casi al oído de María.)

MARIA. ¡Uf! ¡Qué gritos da este hombre! (Separándose de él y tapándose los oídos.)

ED. Ven acá: confiesa, ó desdichado de tí. (Cogiéndolo.)

LUP. ¿Pero qué he de confesar?

ED. ¿Usted ha aceptado ese enlace con mi prima?

LUP. Sí; pero para conservársela á usted, y porque, de lo contrario, don Benito se la hubiera dado á otro que no renunciaría á ella, en tanto que yo... no me caso ni ahora ni luégo.

ED. ¿De veras?

LUP. Sí. El matrimonio, ese lazo tan dulce, me está prohibido de real orden.

ED. ¿De real orden?

LUP. Es decir...

ED. ¿Otra nueva tramoya?

LUP. Don Eduardo. Esa desconfianza hiere demasiado mi pundonor; y ya que no puedo convencer á usted, sino revelándole el secreto de mi vida, sepa usted, digo, sepan ustedes... (Pasando en medio de los dos.)

ED. }
MARIA. } ¿Qué?

LUP. Pero no vayan ustedes á contarlo por ahí.

ED. No, hombre.

LUP. Pues sepan ustedes que la... Es que si se les escapa á ustedes una palabra...

ED. ¡Dale!

LUP. Sepan ustedes, repito, que hace más de... Por supuesto, que aunque alguno les pregunte...

ED. ¿Acaba usted, ó no?

LUP. Al instante. Pues señor, cuando yo vivía en... Ahí viene don Benito.

ED. ¡Maldito seas!

ESCENA IX

DICHOS y DON BENITO

BENITO. Don Lupercio, ya están enganchando mi carruaje. Dispóngase usted á conducir á su novia al altar.

MARIA. (¡Dios mío!)

ED. Rehuse usted. (Aparte á don Lupercio.)

LUP. (Voy á hacerlo.) (Aparte á Eduardo.) Señor don Benito, estoy pronto.

ED. (¡Infame!) (A don Lupercio.)

LUP. (Calle usted y déjeme obrar.) (A Eduardo.)

BENITO. ¿Eh? ¿Qué cuchicheos son esos?

LUP. ¡Nada! Mi discípulo, que está desesperado. Hasta me amenaza con matarme.

BENITO. Se guardará muy bien. Desde ahora le declaro que semejante acción me disgustaría.

LUP. Más me disgustaría á mí, señor don Benito. Créalo usted.

ED. Pues desde ahora lo digo: si se casa con mi prima, lo mato sin remedio.

BENITO. ¿Sí? Pues anda. Atrévete, atrévete.

LUP. No: déjele usted. Más vale que no se atreva. (Pasando al lado de don Benito.)

BENITO. ¿Así me faltas al respeto? ¿Así te opones á mis justos deseos?

LUP. (Poniéndose en medio de los dos.) Vamos, vamos, tranquilícese usted, señor don Benito. Este joven es (Volviéndose á él.) muy dócil y... (Eduardo le da un puntapié.) ¡Ay! (Volviéndose.)

BENITO. ¿Qué?

LUP. Nada: decía que este joven es muy dócil y muy... (¡Cáspita y cómo me escuece!)

BENITO. ¿Dócil? Usted no le conoce bien.

LUP. ¿Que no? Ahora verá usted: ahora verá usted cómo con cuatro palabras lo dejo más sumiso y más... ¡Usted no quiere creer en la ciencia y...! ¡Joven! (Haciéndole al mismo tiempo señas con la mano izquierda.) ¡Alumno! ¡Acá!

ED. ¿Qué tiene usted que añadirme? (Se acerca á don Lupercio.)

LUP. ¿Qué tengo que añadirle? Nada. Usted está perfectamente completo. Oiga usted una cosa. Más cerca: al oído. (Le habla al oído.)

ED. ¿Será cierto?

LUP. ¡Palabra de honor! (Bajo, los dos.)

ED. ¿De manera que?... (Le habla al oído á don Lupercio.)

LUP. ¡Justo! y luégo... (Idem.)

ED. Pues, y yo... (Idem.)

LUP. Teniendo presente que... (Idem. Este juego con suma viveza.)

BENITO. ¡Qué demonio de traqueteo!

LUP. (Viniendo solemnemente al lado de don Benito.) ¡Está hecho un guante!

BENITO. ¿Mi sobrino? ¡Bah!

LUP. (Remedándolo.) ¡Bah! ¿Y qué quiere decir *bah*? ¡Eso es una especie de rebuzno, indigno de personas que, como usted, tienen un instinto claro, señor don Benito!

BENITO. ¿De modo que yo...?

LUP. Usted verá si es cierto lo que le he manifestado. ¡Alumno! Espero que entrará usted en la senda de sus deberes, y que se arrepentirá de lo que ha hecho, ¿eh?

ED. Se lo prometo á usted, señor don Lupercio.

BENITO. ¡Calle! (Admirado.)

MARIA. (¿Qué dice?)

LUP. ¡Brrrr! Pues, cuidadito, señor mío... ¿Usted lo ve? Niéguelo usted ahora. (A don Benito.)

BENITO. ¿Pero cómo ha conseguido usted tan pronto?...

LUP. Amigo, esos son secretos de la ciencia. Con dos palabras que le he dicho en latín, lo he dejado tamañito.

BENITO. ¿Dos palabras? ¡Pues yo creo que han hablado ustedes más de veinte!

LUP. Hé ahí lo que es la ignorancia. Usted debería saber que á veces se habla un día entero sin decir nada.

BENITO. ¡Demonio!

LUP. Sí señor; y ese es un arte como otro cualquiera. ¡Pero al grano, al grano, por Dios! Eduardito, retírese usted á su pabellón, y cuenta con salir de él para nada, sin mi expreso consentimiento.

ED. ¡Al instante! (Se va.)

BENITO. ¡Y obedece!

MARIA. (¡Qué cambio!)

LUP. ¡Así! (Eduardo entra en el pabellón, cerrando tras sí.)

BENITO. ¡Vamos! Si no lo viera...

LUP. ¡Ya está el pájaro en la jáula! (Echando la llave.)

ESCENA X

DICHOS, menos EDUARDO

BENITO. ¿Lo encierra usted?

LUP. ¡Cabalmente! Ahora... tome usted la llave, y téngale usted preso hasta mañana.

BENITO. ¿Sin comer?

LUP. ¡Sin comer!

MARIA. ¡Qué crueldad!

BENITO. ¿Y si tiene hambre?

LUP. ¡Que se muera!

BENITO. ¿Qué dice usted?

LUP. (Con fuerza.) ¡Que se muera! ¡Con eso aprenderá que las pasiones no bastan á llenar el vacío de la existencia!

BENITO. Tiene usted razón. Pero, dígame usted, ¿podré enviarle á la noche aunque no sea más que una jícara de chocolate?

LUP. ¡Nada! (Con dureza.)

MARIA. (¡Este hombre es un tigre!)

LUP. El chocolate es muy ardiente, y encenderá más su imaginación. Lo dicho; sin comer, lo pasará más cómodamente.

BENITO. Si usted lo cree...

LUP. Con que... Ya podemos marchar á Barcelona.

MARIA. ¿A Barcelona? ¿Con usted? ¡Jamás!

BENITO. ¡Basta de rebelión, niña! ¡Estoy resuelto á hacerme obedecer!

MARIA. Y yo resuelta á no obedecerle.

LUP. (Ella habla poco, pero bueno.)

BENITO. ¡Pues voto á Cardona!...

MARIA. No soy más que una mujer; pero...

LUP. (Aparte.) Pero vale por cuatro: ya se le conoce.

BENITO. (Bajo á don Lupercio.) Hombre... si le dijese usted al oído las palabras que dijo al chico, tal vez...

LUP. Voy á probar, aunque no fío en lograr nada. Pero, dé-

jenos usted solos, y entretanto mande usted que arrimen el carruaje á esa puerta.

BENITO. ¿Para meterla en él en cuanto acceda?

LUP. ¡Justamente!

BENITO. Pues voy al punto. (Se va.)

ESCENA XI

DON LUPERCIO y MARÍA; después EDUARDO

MARIA. ¡Y me deja á solas con este mónstruo!

LUP. Señorita: este mónstruo no se la comerá á usted, por más que sea usted un plato de muy buen paladar.

MARIA. ¡Uf! ¡Qué requiebro tan feróz!

LUP. Perdone usted: sé que no es usted un objeto culinario, pero siempre he sido aficionado á la alegoría y... sobre todo, á lo que huele á cocina.

MARIA. Luego eso quiere decirme que trasciendo á estofado ó á albondiguillas!

LUP. Usted no me ha entendido.

MARIA. ¡Oh! Sí: lo bastante para colmar el odio que le profeso.

LUP. Mariquita, usted se trabuca. Yo soy su amigo de usted.

MARIA. ¡Nunca!

LUP. Su aliado.

MARIA. ¿Mi aliado?

LUP. ¡Yo no me caso con usted, yo no la quiero ni bendita!

MARIA. ¡Cómo! ¿Sería usted tan bueno?...

LUP. Sí, hija mía, sí. Y para probárselo... (Coge la escalera.)

MARIA. ¿Qué hace usted?

LUP. Pronto lo verá. (La apoya contra la pared del pabellón.)

MARIA. No comprendo una palabra.

LUP. Ya veo que le sucede eso muy á menudo. (Sube.)

MARIA. ¿Pero qué intenta usted?

LUP. ¡Chist! ¡Don Eduardo, don Eduardo! (Llamando adentro por la ventana.)

ED. ¿Y mi tío? (Asomado á la ventana.)

LUP. Se fué. No perdamos el tiempo.

MARIA. ¡Dios mío, qué gusto!

LUP. ¡Dios mío, qué gusto! (Remedándola.) ¡Miren qué pronto se puso contenta! ¡Baje usted! (A Eduardo: baja don Lupercio y detrás Eduardo.)

MARIA. ¡Querido primo!

LUP. Le entrego á usted su Filis.

ED. ¡Oh! ¡Generoso amigo!

LUP. Sí: acepto ese epíteto. Y no crea usted que esto lo hago por aquellos quinientos duros... (Bueno es recordárselo, por si acaso.)

ED. Suyos son.

LUP. (Al menos, no lo pierdo todo.)

ED. Y ahora, ¿cómo escaparnos?

LUP. La casualidad nos lo facilitará. Por el pronto, ocúltese usted detrás de ese rosal, y...

ED. ¿Que me oculte?

LUP. ¡Justamente! Y si se presenta una ocasión... Usted la aprovechará sin demora.

ED. Pero, ¿y si no se presenta?

LUP. Entonces, no la aproveche usted. ¡Pero, qué diantre! Ya haremos porque se proporcione. ¡Ese ruído!... Es el carruaje que he hecho venir hasta aquí. ¡Ocúltese usted pronto! (Eduardo lo hace.)

MARIA. ¿Y yo?

LUP. Usted saque su pañuelo, y vierta usted un torrente de lágrimas.

MARIA. ¿Pero cómo?

LUP. ¿Pero cómo? ¡A chorros! La cosa no es para menos.

ESCENA XII

DICHOS y DON BENITO

BENITO. Ya está ahí el carruaje. Apresurémonos.

LUP. Llore usted. (Aparte á María.)

BENITO. ¡Chist! ¿Está ya domada la leona? (Aparte á don Lupercio.)

LUP. Casi, casi. Pero todavía muerde.
BENITO. ¿Cómo que muerde?
LUP. Señor, ¡si hablo en sentido figurado!
BENITO. Es verdad. Pero... ¡cosa más rara! Cualquiera diría que está riendo.
LUP. Eso es nervioso. Además, ¿no ha visto usted á muchas gentes que cuando ríen parece que lloran?
BENITO. ¿Y cuándo lloran parece que ríen?
LUP. Cabal. ¡Amigo, tiene usted una penetración prodigiosa!
BENITO. ¡Cuando le he dicho á usted que los libros no me han hecho á mí falta para nada en el mundo!
LUP. ¡Claro! Como que los libros no sirven de nada... (á los cuadrúpedos como tú.)
BENITO. ¿Conque nos vamos?
LUP. ¿Eh? ¿Qué es eso de nos vamos? (Sorprendido.)
BENITO. ¡Toma! ¡A Barcelona!
LUP. ¿Pero usted viene también?
BENITO. Sí.
LUP. (¡Adiós mi dinero!)
MARIA. (¡Cielos!)
BENITO. He reflexionado que será muy conveniente que yo les acompañe á ustedes, por aquello del qué dirán, y ya me he provisto de mi correspondiente hongo...
LUP. (¡Está bonito! ¡Parece un paraguas!) ¡Hombre! ¡Me gusta ese sombrero! Mas... ¿cómo va usted á abandonar la quinta? ¿Y el preso?
BENITO. ¿El preso? Se queda preso.
LUP. ¡Ya! Pero si se escapa, volará en nuestro seguimiento, y todo se lo lleva la trampa.
BENITO. ¡Como no se escapará!...
LUP. ¡Como eso no lo sabe usted! Sin ir más lejos, hace poco daba unos golpes á la puerta...
BENITO. ¿Sí? Espere usted: voy á amonestarle, para que permanezca tranquilo, y... ¡Eduardo! ¡Chico! ¡Eduardo! (Se acerca á la puerta del pabellón.)
LUP. (Sí: ¡á la otra puerta!)
BENITO. ¡Eduardo!... ¡No me responde!

LUP. Mire usted por el ojo de la cerradura.

BENITO. Ya miro, pero no veo nada.

LUP. Al coche. (Aparte y haciendo señas antes á Eduardo, para que salga de su escondite. Eduardo se va rápidamente por el fondo con su prima.) ¿Conque no ve usted nada? (Alto.)

BENITO. No. (Mirando por la cerradura.)

LUP. Pues aplique usted bien el ojo, que no falta que ver.

BENITO. ¿Sí? ¿Qué me cuenta usted, hombre? (Mirando con más ahínco.)

LUP. ¡Anda! Desójate, mientras yo parto á casar á los chicos. (Se aleja por el fondo vivamente.)

BENITO. ¿Eh? ¿Decía usted algo? (Sin dejar de mirar y solo.) Don Luper... ¡Calle! ¡No está! ¡Ni María tampoco! ¡Se meten en el coche! (Va hacia el fondo.) ¡Eh! ¡Que yo quiero acompañarle! (Gritando.) ¡Don Lupercio, don Lupercio! (Ruído de coche.) ¡Y se va! ¡Jé! ¡Domingo! ¡Para, para! (Corre hacia el fondo y desaparece gritando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala que da á los jardines en la misma quinta. Puertas laterales. Una ventana, á la izquierda del público: mesa, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA

MARÍA; después, DON BENITO. Al levantarse el telón, María hace labor junto á la mesa.

MARIA. ¡Ausente hace quince días! ¡Y sin saber cuándo volverá! ¡Qué fastidio! ¡Si acabará de una vez este violento estado! ¡Jesús! cualquier cosa es preferible á tener que ocultar un secreto semejante.

BENITO. Dios te guarde.

MARIA. Buenos días, tío.

BENITO. ¿Estás sola?

MARIA. Ya lo ve usted.

BENITO. ¿Por dónde anda don Lupercio, tu marido?

MARIA. No lo sé. Sin duda está paseando en el jardín.

BENITO. (¡Cosa más rara! Nunca los veo juntos.) Muchacha, tú debes de tener un genio muy arisco.

MARIA. ¿Yo? ¿Por qué me dice usted eso?

BENITO. Porque no parece sino que tu marido huye de tí como del diablo.

MARIA. Con efecto. ¡Es tan intratable!

BENITO. ¿Él?... ¿un filósofo? (¡Qué demonio! ¡Y yo que creí que hablaría por los codos!...)

MARIA. Dígame usted, tío, ¿ha recibido usted carta de Eduardo?

BENITO. (¡Ya pareció aquello! ¡Siempre ese nombre en sus labios!)

MARIA. ¿La ha recibido usted?

BENITO. Sí.

MARIA. ¿Y volverá pronto?

BENITO. Hoy mismo.

MARIA. ¿Hoy? (Levantándose vivamente.)

BENITO. ¡Chica, chica! ¿Qué arranque ese?

MARIA. Ninguno, tío. (Reprimiéndose.)

BENITO. Bien: lo contrario, me disgustaría sobremanera... Y es más, me pondría furioso, ¿estamos? ¡Aquel tiempo pasó! Si hace quince días te hacían gracia las cucamonas de mi sobrino, hoy eres mujer de don Lupercio...

MARIA. Bien á mi pesar.

BENITO. ¡Chito! Hoy eres mujer de don Lupercio, y sólo á él...

MARIA. Sí: ¡como es tan galán, tan amable...!

BENITO. Es marido.

MARIA. Pero marido feo.

BENITO. Eso es cuenta suya.

MARIA. Y mía; sí, señor, y mía.

BENITO. ¿Cómo tuya? (En efecto, es suya también.) Por último, ya sabes lo que tu deber te impone.

MARIA. ¿Cree usted que sería yo capáz de olvidar lo que cumple á mi deber, querido tío?

BENITO. No: y por eso he permitido que hoy, día de mi cumpleaños, venga de Barcelona Eduardo, á comer con nosotros. Quiero celebrar esta solemnidad con toda pompa. Tendré un centenar de convidados, y no sería justo que mi sobrino faltase.

MARIA. Eso mismo digo yo.

BENITO. Además, le escribí para que se trajera consigo de Barcelona alguna cosa que nos recreara, que nos embelleciera la fiesta. ¡Pues! así... como los monos sabios ó unos danzarines de cuerda... ¿Pero sabes tú lo que trae?

MARIA. ¿Qué?

BENITO. Una cantante.

MARIA. ¿Una mujer?

BENITO. (Cualquiera diría que le dan celos.) Sí; una mujer, una artista, una garganta que sube mucho, y baja mucho, como la marea, y que hace más gorgoritos que un ruiseñor. ¿Qué tal? ¡Cuando yo sorprenda la reunión con un aria, ó un...!

MARIA. ¿Usted con un aria?

BENITO. Sí: un aria que cantará la artista, hiii... (Haciendo una escala á su modo.) ¡Eh! ¿No te parece ya estarla oyendo?

MARIA. Si ha intentado usted darme con esas notas una muestra, desde luégo me parece detestable.

BENITO. ¡Cá! Si esto lo he hecho así, improvisado por el entûsiasmo. Ya verás... ya verás... Pronto los tendremos aquí. Por supuesto, que Eduardo se vuelve otra vez á Barcelona.

MARIA. ¿Otra vez? ¿Y por qué?

BENITO. Porque... porque te ve á tí... lo ves tú á él... y hoy te hace una mueca, y mañana te guiña un ojo, y al otro te coge una mano... y, en fin, porque es un libertino que, en vez de respetar á la mujer de su preceptor, te sigue por los rincones, y te pinta su amorosa llama.

MARIA. Está usted engañado.

BENITO. De veras, ¿eh? Como que se te figura á tí que se ha escapado eso á mi buen instinto.

MARIA. Cuando digo que no hay tal cosa...

BENITO. Y yo repito que te pinta su llama.

MARIA. Pero...

BENITO. Que te la pinta. (Interrumpiéndola, gritando.)

MARIA. No se incomode usted.

BENITO. Y tú, en vez de indignarte, en vez de atravesarte el pecho como la romana Lucrecia, lo cual, sea dicho de paso, obtendría mi aprobación...

MARIA. ¡Pues me gusta!

BENITO. Le miras á hurtadillas y coqueteas con él.

MARIA. Si llama usted coquetear á la franqueza admitida entre primos...

BENITO. ¡Entre primos!... Los primos son la plaga del hogar doméstico. Y yo, que te he unido á don Lupercio, debo velar... justo, debo velar.

MARIA. Puedo jurarle... querido tío...

BENITO. Así, pues, Eduardo permanecerá en Barcelona hasta que lo hayas olvidado completamente; y hasta que el himeneo lo aprisione á su vez en su cadena de flores.

MARIA. ¡Cómo! ¿Quiere usted por ventura casar á Eduardo?

BENITO. Has puesto el dedo en la llaga.

MARIA. (¡Vamos, esto no se puede sufrir!)

BENITO. Eduardo es la esperanza de mi raza, y tú tienes la culpa de que haya rehusado hasta ahora cuantos partidos le he propuesto. Pero cuenta no me irrite hasta el punto de... ¡Chist!... Ha parado un carruaje á la puerta.

MARIA. Con efecto. (Don Benito se asoma á la ventana.)

BENITO. ¡Es él! ¡Y da la mano á una señora! ¡Sin duda la ilustre garganta!

MARIA. ¿Y es bonita esa señora?

BENITO. ¡Soberbia!

MARIA. (¡Oh!) (Aparte.)

BENITO. ¡Magnífica! Parece una princhipesa napolitana. ¡Ea! preparémonos á recibirla dignamente. Ella, que estará acostumbrada á los más elegantes salones... ¡Cuidado que no se te escape alguna palabra inconveniente!

MARIA. ¿A mí?

BENITO. ¡Chist! ¡Ya viene! ¡Ejém! Salgamos á su encuentro. (Estirándose.)

ESCENA II

DICHOS, EDUARDO y CLARA; un CRIADO, que trae una maleta y dos cajas de cartón, y que atraviesa con ellas la escena, saliendo por la puerta primera de la derecha.

ED. ¡Querido tío! ¡María! Presento á ustedes á la señora Sofía Clarini, prima donna... (María y Clara se saludan fríamente: don Benito hace una gran cortesía.)

BENITO. Mucho me felicito de tener el honor de... Yo me alegro

mucho de que se me presente la ocasión... Celebro en el alma tener el gusto de... (Eduardo hace señas á Clara, con quien habla aparte.)

CLARA. ¡Caballero!...

BENITO. Bella prima donna, siento en día tan solemne no tener un palacio en vez de esta quinta, para...

CLARA. No hay por qué sentirlo. Esta quinta es muy buena, los alrededores deliciosos...

BENITO. Entonces, siento no tener un teatro para ofrecer... ¡Chist! ¡Niños! (Viendo á los jóvenes hablar.) Para ofrecer á usted un... (Continuando su discurso.) ¿No oyen ustedes? (A los jovenes que se separan y vuelven á hablar) Para dedicarle las... (De pronto.) ¿Sabe usted cantar el marinerito?

CLARA. ¿Yo?

ED. ¿Qué dice usted, tío? ¡Pues no recuerda usted mala antigualla!

BENITO. ¡Hombre; pues si eso es de ayer mañana como quien dice!

(Canta.) El marinerito y el soldado
con desazón suelen estar.

CLARA. (¡Uf! ¡Qué desafinación!)

ED. Basta, tío, basta.

BENITO. Lo hago mal, ¿eh?

CLARA. No por cierto.

BENITO Señora, usted es muy galante, y por lo mismo le ruego me disimule este exabrupto filarmónico, con que he profanado sus oídos. ¡Digo, y usted cuyo mérito, y cuya excelente voz...!

CLARA. Mil gracias, pero mi mérito es tan escaso...

BENITO. ¿Escaso? ¡Imposible! La señora Clarini... la señora Clarini debe ser un clarín. Usted es un clarín, no me queda duda.

CLARA. Repito... (¡Qué hombre tan posma!)

BENITO. Y yo también repito que le agradezco en extremo su venida.

CLARA. No hay de qué. Esta semana estoy libre, y... por otra

parte, don Eduardo tiene una manera de pedir los favores, que no hay medio...

MARIA. ¡Hola! (*Irónicamente y aparte.*)

BENITO. Con efecto. Cuando él emplea todo su ingenio en... Ahí donde usted le ve, es la esperanza de mi raza.

CLARA. Doy á usted la enhorabuena.

BENITO. Y... yo la acepto. ¿Usted es italiana, señora?

CLARA. Según...

BENITO. ¡Cómo! ¿Ha nacido usted al mismo tiempo en otro país?

CLARA. (¡Jesús, qué atrocidad!)

BENITO. ¿Eh? ¡Niños! (*A Eduardo y María, que hablan bajo.*)

CLARA. He querido decir que paso por italiana en España porque... ya sabe usted: una cantante cuyo nombre no acaba en ini...

BENITO. No puede cantar bien.

CLARA. Al menos, se la juzga entre nosotros con más severidad ó con mucho desdén.

BENITO. ¿Luego es usted española?

CLARA. De Almendralejo.

BENITO. (*Haciendo una cortesía grotesca.*) Por muchos años. Ya me parecía á mí que esos bellos ojos y esa boca preciosa, y...

CLARA. Tanta lisonja... Veo que es una cualidad de familia, porque también don Eduardo...

MARÌA. ¿La requiebra á usted?

CLARA. Sin cesar.

MARIA. ¡Ah, pérfido! (*Aparte á Eduardo.*)

BENITO. ¡Pues me alegro! (A ver si de este modo olvida á su prima.) Y... ¿qué haria yo en este momento para complacer á usted, bella artista?

CLARA. Francamente, desearía descansar un poco, y si tuviese usted la bondad...

BENITO. Mi bondad espera sus órdenes.

CLARA. De que me guiaran al aposento que me hubiese usted destinado...

BENITO. ¿Cómo qué? ¡Yo mismo la guiaré á usted, con muchísimo gusto!

CLARA. Tanto honor... Señor don Eduardo... hasta luégo.

ED. ¡Señora!...

BENITO. (Juraría que se habían echado una ojeadita... ¡Bravo!)

MARIA. ¡Tengo que hablarte! (Bajo á Eduardo.)

ED. Y yo á tí. En el jardín nos veremos. (Idem á María.)

BENITO. Si usted se digna aceptar... (Presentando su brazo á Clara; ella lo coge.) Mariquita, síguenos; te necesito. (Bueno es no dejarlos juntos, no haga el diablo...)

MARIA. (¡Qué suplicio!) (Lo sigue. Vanse los tres.)

ESCENA III

EDUARDO y DON LUPERCIO

ED. ¡Esto es insoportable! ¡Verse uno al lado de su mujer, después de quince días de ausencia, y no poder hablarla con libertad! ¡Oh, es preciso que tenga con ella una entrevista! Volemos al jardín... (Hace que se va.)

LUP. (Saliendo por la izquierda.) ¡Eh, don Eduardo... don Eduardo!... ¡Vengan esos cinco! ¡Voto va! ¡Acabo de saber que había usted llegado... y vengo jadeando!...

ED. ¡Mil gracias, don Lupercio! ¿Y qué hay de nuevo? ¡Cuéntemelo usted! ¿Se ha fastidiado mucho María durante mi ausencia?

LUP. ¡Todos nos hemos fastidiado! ¡Pero yo más que nadie! Figúrese usted que don Benito me acusa de despegado con mi mujer... es decir, con su mujer de usted. Dice que soy frío, pazguato... ¡Ya se ve! ¡No conoce mi temperamento!... ¡Y, por otra parte, ignora que esa mujer no es la mía! ¡Ay, pues si lo fuera... si lo fuera!...

ED. ¿Cómo es eso?

LUP. ¡Nada! Si lo que digo es en el caso de que lo fuera. ¿Y dónde está?

ED. Mi tío la ha obligado á seguirle.

LUP. Sin duda por interés hacia mí. ¡Es un buen hombre!

ED. Pero afortunadamente no he venido solo, tráigo conmigo una cantante, Madama Clarini.

LUP. ¿Clarini? ¡Calle! Ese nombre... ¿Es italiana?

ED. Poco menos: y en tanto mi tío se ocupa en obsequiarla...

LUP. ¿Usted podrá libremente charlar con mi mujer... digo con su mujer de usted?

ED. ¡Cabal!

LUP. ¡Qué discípulo he sacado! Y, ¿qué tal la extranjera? ¿Es bonita?

ED. Muy graciosa, sobre todo.

LUP. ¡Una idea! Creo que la sana política aconseja que le haga usted la corte, á fin de alejar toda sospecha...

ED. Sí, ¿eh?

LUP. Suponiendo que eso no le cueste á usted gran repugnancia.

ED. ¡Cá! Figúrese usted que ya había yo empezado á hacer eso mismo en Barcelona.

LUP. ¡Ah! Pues entonces continúe usted, continúe usted. Las buenas obras no deben dejarse incompletas. ¡Amigo, eso es lo que se llama previsión!

ED. Y sin vanagloria... me lisonjeo... ¿Usted no encuentra reprensible?...

LUP. ¡Yo! ¿Pues para qué es la tolerancia, señor? Sobre este punto siempre he tenido ideas muy avanzadas.

ED. Además, esto no me priva de querer entrañablemente á María.

LUP. ¡Por supuesto! Se toma como estudio preliminar... y así se ensaya uno para ser galante con su mujer.

ED. Pero... la pobre María... No, no; ni aun en la apariencia quiero faltarle... ¡Oh! ¡Cuando pienso en lo triste de mi situación!...

LUP. ¿Pues y la mía? ¡Llamarme esposo de una joven tan bella, y... Yo me siento malo, señor don Eduardo! ¡Esto va á acabar conmigo, y sólo el entrañable afecto que á usted profeso me...!

ED. Lo sé, lo sé, querido don Lupercio, y no lo he olvidado. Sin ir más lejos...

LUP. ¿Usted pensaba en mí?

ED. Hé aquí la prueba. (*Dándole una cajita.*)

LUP. ¡Eh! ¿Y qué es ello?

ED. Una sortija, un brillante. No lo rehuse usted.
LUP. Quite, quite; yo no puedo, no debo admitir...
ED. Se lo ruego.
LUP. Eso es otra cosa. Si usted me lo ruega...
ED. Es un recuerdo.
LUP. (Tomándola y poniéndosela en el dedo, que se mira después con frecuencia.) Entonces, venga. Lo hubiera rehusado como recuerdo, pero lo acepto como brillante. No, al contrario... lo hubiera... Es decir...
ED. ¡Mi tío!
LUP. Punto final.

ESCENA IV

DICHOS y DON BENITO

BENITO. Te buscaba, Eduardo.
ED. ¿Qué quiere usted, querido tío?
BENITO. Acabo de mandar que enganchen el tílburi... Una idea que se me ha ocurrido, y que sin duda es muy felíz.
ED. Veamos.
BENITO. En tanto se dispone la comida, vete á dar un paseo con la señora Clarini.
ED. ¿En tílburi?
BENITO. No son ustedes más que los dos. ¿Es por ventura incómodo? Tendré sumo gusto en que esa artista admire las sinuosidades de mi pequeño parque.
ED. Enhorabuena, tío.
BENITO. ¡Es una mujer hechicera! Una criatura capáz de... ¡Ay! Como yo tuviese veinticinco años...
LUP. (Serías tan esperpento como ahora.)
BENITO. Conque... no te detengas. Enséñale bien todas las sinuosidades...
ED. Sí. Ya lo he oído. Voy á arreglarme un poco, y al momento vuelvo por ella.
BENITO. Pero no tardes.
ED. Busquemos á mi mujer. (Aparte, yéndose.)

ESCENA V

DON BENITO y DON LUPERCIO

BENITO. ¿Usted no ha visto á la prima donna?
LUP. No. Aún no he tenido el placer...
BENITO. ¡Es un gran bocado!
LUP. Eso me importa poco. Ni usted ni yo hemos de comerlo, conque...
BENITO. ¡Hombre, qué salidas!
LUP. ¡Qué entradas! digo yo. ¿A qué viene usted ahora ponderando bellezas á un hombre casado? Eso es tentar al demonio, señor don Benito; y yo tengo conciencia.
BENITO. ¡Uy, qué discurso tan necio! ¿Quién piensa en...? Doblemos la hoja.
LUP. No: rasguémosla.
BENITO. Sea, pero deje usted que le manifieste que la llegada de esa mujer me colma de alegría.
LUP. ¿Sí?
BENITO. Sí. A mi sobrino, según he observado, no le parece costal de paja, y esto le distraerá de su... ¿eh?
LUP. ¡Ay!... (Sigamos la farsa.)
BENITO. ¿Qué?
LUP. Señor don Benito, mi posisión es horrorosa.
BENITO. ¿En qué sentido?
LUP. En todos.
BENITO. ¡Cómo! ¿Tendría usted celos quizás?
LUP. Más que Otelo.
BENITO. ¿Otelo? ¿El perro del guarda?
LUP. ¡Hombre, hombre!
BENITO. ¡Toma! ¿Y qué Otelo es ese?
LUP. ¡Si todo el mundo lo conoce!
BENITO. Pues yo no. ¿Estoy obligado á ello por ventura?
LUP. Corriente.
BENITO. ¿Quién es ese señor?
LUP. Es... nadie. No quiero perder el tiempo. Mas lo cierto es, señor don Benito, que tengo aquí, aquí dentro, una

chimenea, un horno de tahona .. un caldero de agua hirviendo.

BENITO. Vamos, serénese usted. A veces se forja uno quimeras...

LUP. ¡Quimeras! ¡Si se aman! ¡Si se quieren como Pablo y Virginia! Y éstos, ¿sabe usted quiénes son?

BENITO. ¿Unos que andaban con el negro Domingo?

LUP. Justo, con el negro Domingo.

BENITO. Pero ¿por dónde supone usted que mi sobrino...?

LUP. Si me lo ha dicho él mismo aquí, hace un momento...

BENITO. ¡Habrá insolente!

LUP. De modo que, aborrecido por mi esposa, vendido por mi discípulo, voy á ser...

BENITO. No lo será.

LUP. ¿El qué?

BENITO. Eso: desgraciado. ¿No lo iba usted á decir?

LUP. Precisamente esa palabra... Pero lo mismo da.

BENITO. Usted se acalora, usted ve visiones.

LUP. Yo no veo más que á usted, señor don Benito: á usted, porque está delante de mí. Pero lo que yo sostengo...

BENITO. ¡Vaya, vaya!... Déjese usted de tonterías.

LUP. ¡Soy muy infelíz!

BENITO. ¡Calle! ¿No aceptó usted libremente esta boda? ¿No aceptó usted por ello mil duros?

LUP. Sí. Pero he sido muy barato. Si yo lo hubiese previsto... (Afligido.)

BENITO. Ea, tranquilícese usted. Yo le prometo... (Quitándose una sortija.) Tome usted entre tanto esta sortija.

LUP. ¿Otra?

BENITO. ¿Cómo otra?

LUP. Es decir, ¡otra humillación!

BENITO. No, hombre; es un recuerdo, una perla...

LUP. (Tomándola y haciendo lo mismo que con la otra.) Usted me convence. La hubiera rehusado como recuerdo, pero la acepto como per... digo, como recuer...

BENITO. Bien, bien. Basta de cumplimientos. Ahora me toca á mí quejarme.

LUP. ¡Quejarse!

BENITO. Sí señor: de usted. Veo que no tiene para con su esposa aquellas atenciones, aquel yo no sé qué...

LUP. Pues si usted no lo sabe, yo tampoco.

BENITO. Es decir, aquel deseo de tenerla contenta, y... ¡si parece hasta que huye usted de ella!

LUP. ¡Ya! Porque ella huye de mí.

BENITO. Razón de más para ser cariñoso, afable...

LUP. No. Si á mi mujer le va mejor así, créalo usted.

BENITO. (Con gravedad.) Don Lupercio, tenga usted presente lo que voy á decirle...

LUP. (¡Bueno será ello!)

BENITO. (En tono sentencioso.) ¿Sabe usted lo que en mi opinión debe ser un marido? Un marido debe ser un sombrero viejo colocado en una estaca, para espantar los pájaros que vienen á destruir la viña.

LUP. Señor don Benito, hay gorriones que no se espantan de nada.

BENITO. No. Eso siempre depende de la estaca.

LUP. O de la viña.

BENITO. Pero en fin: por el pronto, la señora Clarini puede sernos de grande utilidad. Mi sobrino la mira con sumo interés, y con que ella tienda bien sus redes...

LUP. Dios le oiga á usted.

BENITO. En el entre tanto, no se separe usted un sólo momento del lado de su esposa. Hágala usted reir si puede; y si no, hágala llorar, pero ocúpela usted en algo, sobre todo. ¿Por qué no está usted ahora con ella? ¡Vamos á ver!

LUP. ¡Toma! ¿Y por qué ella no está ahora conmigo? Veamos.

BENITO. Hace poco la ví bajar al jardín, y... y ahora se me ocurre... si mi sobrino habrá ido á buscarla. (Se asoma á la ventana.) ¿No lo dije? Helos allí juntitos.

LUP. (Fingiendo ira.) ¡Juntos! ¡Ah, infame!

BENITO. ¡Corra usted á separarlos!

LUP. ¡Sí, sí! ¡Eso! ¡á separarlos, á...¡Pero tal vez llegue tarde!

BENITO. ¡Qué tarde ni qué ocho cuartos! ¿Y se está usted con esa calma, hombre de Dios?

LUP. ¡Calma! Yo calma, ¿eh? ¡Pues bonito es mi genio para tener calma!

BENITO. ¡Pero corra usted!

LUP. ¿A dónde?

BENITO. ¿Cómo á dónde? A evitar que mi sobrino hable con su prima.

LUP. ¡Ah! Pues si no es más que hablar, déjelos usted.

BENITO. ¿Qué escucho? Esa conducta me indigna, me subleva, me... ¡Cómo charlan!

LUP. ¿Que charlan? Ya varía la cuestión. Ahí tiene usted. Cuando no hacían mas que hablar, yo estaba tranquilo; ¡pero charlar! ¡Eso sí que no lo aguanto!

BENITO. ¡Y con razón!

LUP. ¡Allá voy! ¡Ahora si que voy! Es tal el furor que siento... Que tiemblen los... brrr... (Vuelve.) ¿Sabe usted lo que digo? Que tal vez ya sea tarde.

BENITO. ¡Vaya usted con mil demonios! (Empujando á don Lupercio, que se va. Continúa solo.) ¿Habráse visto pachorra semejante? Pero ahora caigo... ¡He sido un imprudente! Lo he azuzado, y si los celos le hacen cometer una barrabasada... ¡Cáspita! Me arrepiento de haberlo dicho... (Mira por la ventana.)

ESCENA VI

DON BENITO y CLARA

CLARA. Ya estoy más presentable. (Entrando.) Bueno es siempre adornarse un poco... señor don Benito... (Don Benito se vuelve.)

BENITO. ¡Señora! ¡Qué elegancia!

CLARA. ¿De veras? Cree usted que estoy...

BENITO. Hecha un brazo de mar... Y por ello le doy un millón de gracias.

CLARA. ¿Usted, señor don Benito?

BENITO. Yo. En primer lugar... por mí; pero principalmente por Eduardo.

CLARA. No entiendo...

BENITO. Ya él se lo explicará á usted.

CLARA. ¿Él?

BENITO. Sí. Cuando vayan ustedes al galope....

CLARA. ¿Cómo?

BENITO. Por las sinuosidades...

CLARA. Explíquese usted.

BENITO. Antes de comer, quiere Eduardo proponer á usted un paseo en tílburi por el parque. Va á venir á buscarla.

CLARA. ¡Ya! ¡Conque en tílburi! Me agrada. Así se corre mucho.

BENITO. ¡Mucho! ¡Como una saeta!

CLARA. ¡Ay! ¿Será cosa de caernos?

BENITO. ¿Usted? No por cierto. Quien yo temo cáiga al hechizo de esos ojos, es mi sobrino.

CLARA. ¿Qué dice usted?

BENITO. ¿Eh? El picaruelo es tan avispado y tan... ¿eh? Y como usted tiene ese mirar dulce, y... ¿eh?

CLARA. ¿Puede usted abrigar semejante idea? Usted me ha recibido en su casa dignamente y yo soy incapáz de...

BENITO. No, si no me importaría un pito. Diré más, no me importa un pito. Al contrario.

CLARA. ¡Cómo! Usted desearía por ventura que su sobrino...

BENITO. Cáiga en sus redes de usted. Le juro que vería esta pesca con suma satisfacción.

CLARA. Perdone usted, caballero; pero esas cosas son demasiado graves... sobre todo para una mujer casada.

BENITO. ¿Casada? ¿Usted? ¿Usted está casada?

CLARA. Sí, señor, sí: ante el cura y el notario. Y semejante pregunta...

BENITO. Perdone usted, pero...

CLARA. ¿Qué se había figurado usted, señor mío?

BENITO. Nada, señora.

CLARA. Casada y muy casada. Por señas, que mi matrimonio ha sido bien original. Mi marido por un lado, yo por otro...

BENITO. ¡Ya! Están ustedes divorciados.

CLARA. Caballero, ¿qué concepto tiene usted de mí?

BENITO. (Pues cada vez la yerro más.)

CLARA. Nuestra separación fué decidida en sana paz, sin mengua de nuestro mútuo afecto; y pronto espero volver á... En el entre tanto, viajo... canto...

BENITO. ¡Pues! ¡para ir sobrellevando el pesar de la ausencia!

CLARA. Él también corre el mundo por otro lado...

BENITO. ¡Vamos! Celebro una unión tan compacta y tan... Yo creí otra cosa... y siento haberla disgustado; tanto más, cuanto que al hablar de mi sobrino, sólo iba á rogarle á usted lo tratase con un poco de coquetería.

CLARA. ¿Es posible? Ya eso me parece más fácil.

BENITO. Y yo se lo agaadeceré eternamente, porque de ello depende... ¿Usted conoce á su prima?

CLARA. Sí. Es una joven muy interesante.

BENITO. Pues Eduardo está perdidamente enamorado de ella.

CLARA. Cáselos usted.

BENITO. Si está ya casada con otro.

CLARA. Entonces, no veo camino...

BENITO. Y como esa boda se ha hecho bajo mis auspicios, ya ve usted... Yo sentiría en el alma que al pobre don Lupercio le cayese algún chubasco.

CLARA. ¿Don Lupercio?

BENITO. Sí; este es el nombre del marido... preceptor además de Eduardo, y... ¡excelente cabeza! ¡gran cabeza! Cuando yo lo alabo...

CLARA. Ese don Lupercio... ¿Qué apellido tiene?

BENITO. Bombarda.

CLARA. (¡Cielos!)

BENITO. ¿Le conoce usted?

CLARA Traté íntimamente en un tiempo á un sujeto llamado así.

BENITO. Tal vez sea el mismo.

CLARA. Lo dudo... y á no verlo, no aseguraría que pudiera...

BENITO. Aguarde usted: aún debe estar en el jardín. Hace poco que bajó. Sí: mírelo usted entre su mujer y su discípulo.

CLARA. (¡Dios mío, es él!) ¿Pero está usted seguro de que se ha casado?

BENITO. ¿No digo á usted que ha sido bajo mis auspicios?... Yo he aprontado el dote de la novia.

CLARA. (¡Ah, infame! Le he de hacer ahorcar.)

BENITO. ¿Conque... es el mismo que usted conoce?

CLARA. No, no... Ya decía yo bien... (¡Estoy furiosa!)

BENITO. Ahí donde usted lo ve, el pobre no es dichoso en su estado.

CLARA. (¡Mónstruo! Dios castiga sin palo ni piedra.)

BENITO. Su amor es un paraíso terrenal, en el que mi sobrino hace el papel de serpiente. Una catástrofe está abocada, y hé ahí por qué, si usted se presta á mis miras, puede, con sólo enamorar aparentemente á mi sobrino, desviarlo de esa pasión, y...

CLARA. Comprendo. ¡Se trata de una intriga inocente! Sí, sí, cuente usted conmigo. ¡No sabe usted el gusto con que voy á desplegar todos mis recursos! Don Eduardo sucumbirá, sí; quiero, es preciso que me ame, que lo demuestre á los ojos de todos. (¡Oh, cuán dulce será mi venganza!)

BENITO. Aquí le tenemos.

ESCENA VII

DICHOS y EDUARDO

ED. Señora, supongo que mi tío habrá anunciado á usted que trataba de invitarla...

CLARA. ¿A dar un paseo en tílburi? Con efecto; acaba de participármelo, y acepto sumamente complacida... por más que el ir en tílburi sea algo arriesgado.

ED. ¿Por qué? Yo sé contener perfectamente á los caballos, por fogosos que sean...

CLARA. Pero no se contendrán de igual modo las murmuraciones de los convidados. ¡Dios sabe lo que dirán al vernos pasear juntos!

ED. No será nada que me pese por cierto, ni que menoscabe la reputación de usted.

BENITO. Oye, te prevengo que á esta señora le gusta pasear muy de prisa.

ED. Es decir, que no teme el peligro.

CLARA. Eso depende de las personas con quienes participo de él. Con usted, por ejemplo...

ED. ¡Ah! me envanece tal confianza. (Parece que busca adrede las palabras más lisonjeras...)

BENITO. (Ya se enmaraña la cosa. ¡Magnífico!)

ESCENA VIII

DICHOS, DON LUPERCIO y MARÍA

BENITO. ¡Hola, don Lupercio! ¡Venga usted, venga usted, que quiero presentarle á nuestra ilustre prima donna!

LUP. Con muchísimo gusto. Tendré en ello una... ¿Dónde está?

CLARA. ¡Por aquí, caballero, por aquí!

LUP. (¡Uf, San Braulio! ¡Clara, Clarini, mi mujer!)

BENITO. Don Lupercio Bombarda, profesor...

LUP. Estoy á los piés...

BENITO. Y académico...

LUP. Me es muy satisfactorio.. siento una verdadera... Yo... (¡Caramba, y qué guapa se ha puesto!)

ED. Y, además, esposo de mi prima.

LUP. (¡Me perdió!)

CLARA. Felicito á este caballero por elección tan acertada.

LUP. Señora... usted me confunde, y me... (Quisiera estar en el Cáucaso.)

CLARA. Ahora, señor don Eduardo, estoy pronta, y cuando usted guste...

ED. En seguida. (Ofreciéndole la mano.)

LUP. ¡Eh! ¿A dónde van ustedes?

BENITO. A dar un paseo en el tílburi.

MARIA. ¡Cómo!

LUP. ¿Los dos solos?

BENITO. ¡Claro! Un tílburi, ¿es un ómnibus por ventura?

ED. No daremos más que una vuelta por el parque.

BENITO. (¿No entiende usted?) (Aparte á don Lupercio.)

LUP. (Sí, demasiado que lo entiendo.)

CLARA. ¿Tendría acaso don Lupercio algo que oponer?

LUP. ¿Yo? Señora... ¿Y con qué derecho? Nada de eso. Paseen ustedes cuanto quieran... Sólamente que... No lo digo por el paseo; pero... las gentes...

MARIA. ¡Ya se ve! pueden murmurar...

LUP. Eso.

BENITO. Aquí no se le pide á usted su opinión, niña.

MARIA. (¡Oh, esto ya es demasiado!)

LUP. (¡Vívora, descocada! Conociendo que no me...) (*Eduardo se acerca á él, don Lupercio muestra de pronto su sonrisa, y repite con amabilidad.*) Conociendo que no me ocurre objeción alguna de importancia, creo que...

CLARA. Sí, sí. Ya lo presumía yo.

BENITO. Por supuesto.

ED. (*A Clara.*) Señora... (*A los demás.*) Hasta luégo. (*Se va con Clara.*)

ESCENA IX

DON BENITO, DON LUPERCIO y MARIA

LUP. (¡Si yo pudiese subirme en la trasera del tílburi... No, puedo caerme de cabeza! ¡Tengamos sangre fria!)

BENITO. (*Bajando de la puerta del foro.*) ¡Eh! Ya se han ido. ¡Esto marcha, amigo mío! ¡Esto marcha!

LUP. Sí, ¿eh? Pues me alegro (lo mismo que si me empalaran.)

BENITO. Ya se entienden perfectamente los dos, y...

MARIA. ¿Cómo que se entienden? ¡Eso es horrible!

LUP. (¡Esta rompe el fuego!) ¡Sí señor, eso es negro, tenebroso, criminal!

BENITO. ¡Calle! ¿Usted también? Conque cuando lo hago yo por...

LUP. ¡Favorecer un trapicheo semejante usted, un hombre de razón... un hombre de cabeza! Ahora veo que no la tiene usted.

BENITO. ¿Cómo que?...

LUP. Lo dicho: eso no es cabeza, eso es un botijo sin pitorro.

BENITO. ¿Se le ha vuelto el juicio?

MARIA. Además, mi primo...

BENITO. ¡Cállese usted la boca! ¡Pero don Lupercio! ¿No aprobaba usted hace poco...?

LUP. Porque yo no sabía la... porque yo ignoraba el... ¡Oh, si yo hubiese adivinado lo...! ¿Y aún no se confunde usted al oir estas razones?

BENITO. ¿Cuáles?

LUP. Éstas.

MARIA. Sí, señor. Son claras como el día.

BENITO. Pues yo no las veo. Además, ¿cómo te atreves tú á expresarte de ese modo, á agravar las penas que has causado á este buen don Lupercio?

LUP. ¡Eso no me importa un pepino!

BENITO. ¿Qué oigo? Pues bien se quejaba usted esta mañana.

LUP. Pero no me he quejado esta tarde. Y sobre todo, esa no es una razón para arrojar, digámoslo así, á la cabeza de una prima donna una china del tamaño de su sobrino de usted.

BENITO. ¡Pero, torpe, si es en interés de usted esta intriga! ¿Aún no cae usted en ello?

LUP. Sí. Pues porque he caído, me duele mucho el golpe.

BENITO. Esa mujer es muy astuta, se apoderará del corazón de Eduardo.

MARIA. ¡Lo veremos! ¡Eso sí que no lo sufriré yo!

BENITO. ¿No oye usted esto?

LUP. Sí. ¿Y qué?

BENITO. ¿No brinca usted de ira?

LUP. No. ¿Y qué?

BENITO. ¡Cómo! ¿Y qué?

LUP. ¿Y qué? ¿Y qué?

BENITO. ¿Y la escucha con esa tranquilidad?

MARIA. Tengo derechos, que haré valer.

BENITO. ¡Hombre, usted es de piedra! ¿Y tú te atreves á decir tales palabras delante de tu esposo?

LUP. ¡Y á mí que se me da!

BENITO. ¿Que no se le da?

LUP. Además, ella tiene razón.

BENITO. ¡Jesús! ¡Jesús!

LUP. En el fondo, quiero decir, en el fondo. Ahí está el busilis.

BENITO. ¿Conque aprueba usted su lenguaje?

LUP. Sí, señor; porque es innoble que un discípulo á quien yo he guiado por la senda de la virtud, un corderillo que amamantó la más severa doctrina, se vea descarriado del redil, y se vaya á la husma por usted; por usted, que es su tío; por usted, cuya crasa ignorancia... ¡Crasa, sí! ¡Crasa ignorancia! ¡No retiro el vocablo!

BENITO. ¡Pero, animal! ¡Si lo he hecho por librarte de!...

LUP. ¡Pues á mí me gusta, ea! ¡Á mí me conviene!

BENITO. ¿Conque te conviene?

LUP. ¿Quién le mete á usted en mis asuntos?

BENITO. ¡Calla! ¡Calla! ¡Eres un sér despreciable!

LUP. ¡Y usted un papamoscas!

MARÍA. ¡Tío, por Dios...!

BENITO. ¡Quítate de mi vista, lagartija! ¡Quítate tú también! ¡Os detesto!

LUP. Mejor.

BENITO. (Más fuerte.) ¡Os maldigo!

LUP. (Idem.) Mejor.

BENITO. ¡Y os abomino, y os odio, y os execro! (Se va.)

LUP. Pues, mejor y mejor y retemejor... (Dando paseos.) Ya lo ve usted. ¡Ahora no falta más que nos ponga en la calle! ¡Y nos pondrá el muy bárbaro, no lo dude usted!

MARIA. No importa, don Lupercio. Nada me hará olvidar el noble valor que ha desplegado usted para defender mis intereses.

LUP. (Alterado.) Como que son los míos.

MARIA. (Impaciente.) Gracias, mil gracias.

LUP. No hay de qué. Repito que son los míos, los míos propios.

MARIA. ¡Ah, cuánto le agradezco...!

LUP. (Furioso.) ¡Dale! ¿No le he dicho ya que son los míos?

MARIA. ¡Ay! (Asustada.)

LUP. Sí: mi posición es más lúgubre, más espantosa que la de usted, pero mucho más.

MARIA. ¡Imposible! ¿Sabe usted lo que yo estoy sufriendo?

LUP. ¿Y usted sabe lo que yo tengo aquí atragantado? (Llevándose la mano al cuello.)

MARIA. ¿Usted?

LUP. Sí, una espina... digo mal, una lanza que no puedo arrancarme sin...

MARIA. Explíquese usted.

LUP. Y los otros no vuelven. ¡Ese maldito tílburi anda más despacio que una carreta!

MARIA. ¿Se habrán detenido en el parque?

LUP. ¿Detenido? ¿Dónde? ¿en qué sitio?

MARIA. Tal vez le esté Eduardo enseñando á esa extranjera la gruta del jardín.

LUP. ¡La gruta! ¡Esto sólo faltaba! (¡Y ella que delira por lo silvestre!)

MARIA. ¡Oh! ¡ya falta la paciencia! ¡ya es preciso adoptar una resolución!

LUP. ¡Al punto! ¡Corramos á buscarlos; corramos á...! ¡Ella! (Viendo aparecer á Clara.)

CLARA. (¡Estaban juntos!)

LUP. (¡Tengo la sangre en la punta de los cabellos!)

MARIA. (¡Valor! ¡Yo voy á confesárselo todo á mi tío!) (Vase.)

ESCENA X

DON LUPERCIO y CLARA

LUP. Supongo que ya usted me comprenderá, (Después de una pausa.) signora Clarini, ¿eh? Que usted me comprenderá.

CLARA. ¿Qué? ¿Quién es usted, caballero? (Echándole el lente.)

LUP. ¡Un tigre, una pantera, capáz de devorar en este momento á medio mundo... ham, ham, hum, con los dientes y las uñas!

CLARA. ¡Já, já, qué sandéz!

LUP. Señora... no se ría usted. Esto es trágico.

CLARA. ¿Cómo? ¡No entiendo! ¿No es usted el señor don Lupercio?

LUP. ¡Yo soy, yo, yo! ¡Ya sabe usted quién soy yo!

CLARA. Mire usted que su esposa acaba de irse allá dentro. ¿Por qué no la sigue usted?

Lup. ¡Clara... dejémonos de pullas! ¡Mira que suelto el mirlo!

Clara. ¡Infame! ¿Sabes que puedo hacerte ahorcar?

Lup. No toquemos esa cuerda.

Clara. Tal fué, sin embargo, mi primera intención; pero yo me vengaré de otra suerte.

Lup. ¿Vengarte? ¡Mira lo que dices!

Clara. Vengarme, sí. ¿Te has dedicado á la bigamia? Yo te haré arrepentirte de ello.

Lup. ¡Mientes! ¡La bigamia no ha entrado nunca en mis ideas! Yo soy un modelo de virtud.

Clara. ¿Y yo, bribón? ¿Crees que no soy otro modelo?

Lup. Entonces, seremos dos.

Clara. ¡Infiel, perjuro! En tanto que yo he buscado, á fuerza de trabajo, medíos de asegurar nuestro porvenir, tú haciendo el calavera, el desmoralizado.

Lup. ¡Clara... echa un nudo á tu lengua! Habla en tono menor.

Clara. ¡Hola! ¿No quieres que me oigan? ¿No quieres que se enteren de los vínculos que nos unen? Corriente; no se enterarán. Voy á partir ahora mismo, á dejarte libre. Ya no soy tu esposa: no te he visto en mi vida.

Lup. ¿Luego quieres emanciparte?

Clara. Sí.

Lup. ¿Reniegas de tu esposo?

Clara. Sí. Reniego del esposo que me ha engañado. Me arrepiento de mi credulidad: te abandono.

Lup. No me exasperes, Clara.

Clara. Te abandono. Me entregaré á las diversiones, gastaré en ellas lo que había ahorrado para nosotros, y mientras yo arrastraré coche, tú te morirás de hambre.

Lup. ¿De hambre? No. Yo también sabré divertirme: tengo dinero, tengo piedras preciosas. Mira, mira cómo brillan, y muérete de envidia. (Mostrando los dedos en que tiene puestas las dos sortijas.)

Clara. ¡Dinero! ¡Brillantes! Ya sé los sinsabores que te cuestan. Sí, ya estoy vengada.

Lup. ¿Que ya estás vengada? ¡Cómo! Explícate. (¡Qué será, Dios mío!) ¿Qué venganza es esa?

ESCENA XI

DICHOS y DON BENITO

BENITO. ¡Mi sobrino! ¿Dónde está mi sobrino?
LUP. ¡Don Benito!
BENITO. ¡Traición! ¡Infamia! ¿No ha visto usted á Eduardo?
LUP. Yo no he visto á nadie: la cólera me ha cegado.
BENITO. ¡Y á mí me ahoga!
LUP. Buen provecho.
CLARA. ¿Pues qué sucede?
BENITO. ¿Qué? Que mi sobrino está casado.
LUP. (¡Adiós! ¡ya lo sabe todo!)
BENITO. Pero usted... ¿usted no tiene noticia?...
LUP. ¿De qué?
BENITO. De que estaba casado.
LUP. ¿Quién?
BENITO. ¡Él! Eduardo. Lea usted, lea usted estos renglones de letra desconocida. (Le da un papel.)
LUP. ¡Uf! ¡Qué garrapatos!
BENITO. (Furioso.) Lea usted.
LUP. (Remedándole.) ¡Allá voy, hombre! «Sepa usted, señor don Benito, que su sobrino tiene contraído un matrimonio secreto...»
BENITO. ¡Sin mi permiso!
LUP. (Dejando de leer.) ¡Sin nuestro permiso! (Lee.) «En cuanto á su esposa...»
BENITO. ¡Oh!
LUP. «A él toca decir á usted quién es, cuando lo juzgue conveniente.»
BENITO. ¿Usted no la conoce?
LUP. ¿Yo?... No cáigo... (¡Estoy en brasas!)
BENITO. ¿Usted no sabe quién es? ¿Con toda su filosofía no lo acierta?
LUP. Le aseguro...
BENITO. ¿Lo ve usted? ¿Ve usted cómo para nada sirven los libros? Yo, con mi instinto, lo he adivinado todo, y la mujer de mi sobrino es...

LUP. ¿Quién?

BENITO. Esa. (Señalando á Clara.)

LUP. ¿Qué dice usted?

CLARA. (Buena ocasión para vengarme.)

BENITO. Esa. Mírela usted bien.

LUP. ¡Baja los ojos! Pero no, no es posible.

BENITO. ¿Que no? ¿Usted qué sabe? Responda usted, señora; déme usted cuenta...

CLARA. ¿Yo?

LUP. Don Benito, usted está desorientado.

BENITO. Quien lo está es usted.

LUP. A mí me consta...

CLARA. Pues bien; ya que es preciso declararlo...

LUP. ¿Eh? ¿Cómo?

CLARA. Diré que hace dos meses, y vencida por los ruegos y las lágrimas de su sobrino... le dí mi mano en Barcelona.

LUP. ¡Ay! (Cayendo en brazos de don Benito.)

BENITO. ¡Bruto! ¡Que me va usted á estrellar! (Sosteniéndole.)

LUP. ¡Ay! ¡Y ahora cáigo por qué me decía que estaba vengada! ¡Pero mujer inícua! ¿Tú, digo, usted osa?... ¿Dónde tiene usted su bastón? (De pronto á don Benito.)

CLARA. ¿Cómo se entiende? ¡A ver, que llamen á mi esposo!

LUP. ¿A cuál?

BENITO. A su esposo.

LUP. ¿A cuál de los dos, infame?

BENITO. ¡Calle! ¿Tiene otro por ventura?

LUP. Sí, sí.

CLARA. No, señor; mi primer marido se ha muerto.

LUP. ¡Mentira! Yo le conozco: es un caballero muy guapo, un...

BENITO. ¡Esto sólo faltaba!

CLARA. Yo creí que había muerto; me lo aseguraron al menos. Y, en fin, es cierta la noticia.

LUP. ¡Ábrete, tierra!

BENITO. ¡Casada dos veces!

LUP. Que sepamos.

CLARA. ¡Insolente!

BENITO. ¡Un caso de bigamia!
CLARA. No, señor, dos. Don Lupercio tiene también dos mujeres.
BENITO. ¡Qué escucho!
LUP. No lo crea usted. Eso es... una calumnia.
BENITO. ¡Otro nuevo laberinto!
CLARA. ¡Dos mujeres! ¡Dos mujeres! ¡La primera, yo!
BENITO. ¡Cielos! ¡Casado con mi sobrina y con ella!
LUP. ¡Don Benito, don Benito, no rebuzne usted!
BENITO. ¿Y así ha podido usted engañar á la pobre María? Por eso la huye... por eso no... Voy á llamar á la justicia, á mis criados, á...
LUP. Poco á poco. Yo no he engañado á nadie. Ya que es preciso decirlo, sepa usted que María es esposa de su sobrino de usted.
BENITO. ¡Ave María Purísima!
LUP. Como usted lo oye. Cuando nos fuímos á Barcelona, celebraron su boda, haciéndole á usted creer que era yo quien...
CLARA. ¡Ya cáigo!
BENITO. ¡Justo Dios! ¿Pero Eduardo no es marido de ésta?
CLARA. Sí, señor.
BENITO. ¿Y esta no es mujer de usted?
LUP. Sí, señor.
BENITO. ¿Y usted no es marido de María, y María no es marido de esta señora? ¡Ay! ¡Yo no sé por dónde va el ovillo! ¡Yo me mareo! ¡Me cáigo!
LUP. ¡Goza, mujer infernal! ¡Goza en tu obra!
BENITO. ¿Luego ella tiene la culpa?
LUP. Sí, señor. Ella ha aliñado esta ensalada de bodorrios.
BENITO. ¿Y quién lo desenreda ahora? Los unos están enganchados con los otros. Este es un nudo gordiano.
LUP. Yo lo cortaré, como Alejandro.
CLARA. ¡Sí; pero haciéndote morir en un patíbulo!
BENITO. ¿Cómo es eso? ¡Aún se atreve usted á amenazarnos! ¿Usted? ¿una mujer de tres al cuarto?
CLARA. ¿Qué está usted diciendo ahí, viejo estantigua?
LUP. ¡Clara, cuenta con insultar á mi protector! ¡Mira que

aquí va á haber una catástrofe! ¡Que va á correr la sangre.

BENITO. ¡Déjela usted; déjela usted, que como yo vaya por el espadín...!

LUP. ¡Poco á poco! A pesar de todo, es mi mujer, y yo sólo tengo derecho...

CLARA. ¿Espadines á mí? ¡Sabe usted que si se me enciende la sangre!...

LUP. ¡Clara!

BENITO. ¡Acércate, mónstruo!

LUP. ¡Don Benito!

CLARA. ¿Qué es eso de mónstruo? (Le va á pegar á don Benito, y sacude á don Lupercio, que se interpone.)

LUP. ¡Ay!

BENITO. ¡Ah, inícua! ¡Toma!

LUP. ¡Ay! (Idem.)

CLARA. ¡Favor, socorro! ¡Que me atropellan!

LUP. ¡Calla!

BENITO. ¡Largo! ¡Fuera de mi casa!

LUP. ¡Señor don...!

BENITO. ¡Y usted también!

LUP. ¡Pero!...

BENITO. ¡Hola! ¡Juan, Francisco, Diego!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, EDUARDO y MARÍA

ED. ¿Qué es esto? ¡Qué alboroto!...

BENITO. ¡Ah, bergante! Ven acá, confiesa.

ED. ¡Tío!...

BENITO. ¿Te has casado, eh?

ED. ¡Pícaro! ¡Me has descubierto! (A don Lupercio.)

LUP. ¡Ay, que yo no he sido!

ED. ¿Pues quién? Responde, ¿quién?

MARIA. Yo.

ED. }
BENITO. } ¿Tú? (A la par.)

LUP. ¡Calle!

BENITO. ¿Conque es verdad?

ED. ¿A qué negarlo entonces? Sí, señor.

BENITO. ¿Y no te sonroja haber elegido á...? Pero, díme, ¿te has casado además con tu prima?

ED. ¿Lo duda usted aún?

LUP. Ahí lo tiene usted.

BENITO. ¿Y cómo se compone ahora esto?

MARIA. ¿Qué quiere usted decir?

BENITO. Que ustedes cuatro son... Que Eduardo es el marido de... Vamos; ni yo mismo puedo explicarlo. Hable usted, señora, hable usted...

LUP. ¡Sí, habla, esposa desleal!

ED. ¿Esposa? ¿De quién!

BENITO. ¡Ahí está el busilis! ¿De quién de ustedes dos? ¡Veamos!

MARIA. ¿Cómo?

ED. ¿Mía? ¿Está usted loco?

LUP. ¿Eh? Pues... ¡Y se sonríe! (Mirando á Clara.)

BENITO. ¡Calle!

LUP. ¡Ya comprendo! (Clara le alarga la mano.) ¡Jé¡ ¡jé! ¡jé! ¡jé!

BENITO. ¡Y se ríe el muy estúpido!

LUP. ¡Jé! ¡jé! ¿Pues hombre, no ha caído usted en...? ¡Jé! ¡jé!

ED. ¿Qué significa...?

BENITO. ¡Ah! ¡ya! Conque... (De pronto.) ¡Yo no entiendo palabra! ¡ea!

CLARA. Don Benito: el señor y yo somos marido y mujer, sin que nos hayamos nunca casado con otra persona alguna: y su sobrino de usted...

BENITO. ¡Qué oigo! ¿Sería cierto? ¿Éste es tu marido?

MARIA. ¡Toma! Sí, señor.

BENITO. ¡Oh dicha! Éste sólo, ¿eh?

MARIA. ¿Qué dice usted, tío?

LUP. ¡Ay, Clara de mis entrañas!... ¡Clara de mis...! dame un abrazo.

ED. ¿Conque son?... ¡Casualidad más rara!..,

LUP. Yo también tengo ahorros y regalos, y... Todo, todo para tí.

CLARA. ¡Lupercio!

LUP. Sí: ¡tu Lupercio!... tu... (Al público.)

Ya que de esta escapo bien,
antes que caiga el telón,
si no aplausos, tu perdón
dame ¡oh, público! también.

FIN DE LA COMEDIA

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO

Aprobada menos lo tachado y devuélvase.

Madrid 19 de Septiembre de 1850.

RAFAEL PÉREZ VENTO.

NOTA. La impresión de esta comedia se ha hecho, omitiendo lo que la Junta de censura ha tachado en el original; de modo, que debe ponerse en escena tal como está impresa.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.